VENIMOS a DESTRUIR EL MUNDO

por GEORGE H. WHITE.

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

JOSÉ LUIS

PERSONAJES:

Bernabé Pocaterra.- Capitán de navío de la Flota redentora.
Juan Canadá.- Capitán de corbeta de la Flota redentora. Primer oficial del acorazado *Veracruz.*
Pedro Aznar.- Teniente de navío. Segundo oficial del *Veracruz.*
Ana Itriarte.- Teniente de navio. Tercer oficial del *Veracruz*.
Mercedes Carrillo.- Sargento de la dotación del *Veracruz.*
Marta Icart.- Idem.
Carmen Vitar.- Idem.
Luisa Castillo.- Idem.
José Calvo.- Idem.
Armando Valdivia.- Idem.
lowa.-Coronela de la Imperial Armada de Nahum.

CAPÍTULO PRIMERO

UN ENCUENTRO FATAL

En la víspera de Navidad el acorazado sideral Veracruz, con su escolta de cruceros y destructores, surcaba el abismo espacial existente entre la Tierra y el planeta Júpiter. En su tranquilo vuelo, aquella escuadra denotaba la confianza de quien se sabe dueña del espacio, abrumadoramente superior a cualquier rival que intentara disputarle el dominio de los grandes vacíos interplanetarios.

Eran aquellas, sin discusión, las máquinas de guerra más poderosas creadas hasta la fecha por la inventiva del hombre. Los exilados de la Tierra, al preparar en el lejano mundo donde les condujo su penoso éxodo el ejército liberador, no habían escatimado esfuerzos para hacer de sus fuerzas aéreas el instrumento de venganza más formidable de cuantos pudiera concebir la imaginación humana.

Cada buque sideral de la flota redentora era una acabada obra de arte, producto de largos y laboriosos estudios, compendio de la ciencia y la técnica más depuradas. Los hombres que los construyeron podrían haber pecado por exceso, pero jamás por defecto. El acorazado Veracruz, un na-vío entre 500.000 de su mismo modelo construido en serie, media 500 metros de eslora y recordaba en sus perfiles las formas de esas grandes ballenas de los océanos terrestres.

Un blindaje de dedona de un metro de espesor recubría completamente su casco. Los rayos Zeta más poderosos eran impotentes para desintegrar ni siquiera atravesar este blindaje, pues la dedona de que estaban hechos los navíos redentores era 40 veces más densa que el hierro. Era, desde luego, la materia más consistente de cuantas se conocían en el Universo, y tenía la maravillosa propiedad de repeler la fuerza de gravedad de las masas cuando se le inducía eléctricamente.

En realidad, no hubiera sido necesario un blindaje tan formidable contra los rayos Zeta de la bestia Gris. Es más; si el ejército redentor hubiera estado construido de la misma dedona que los aparatos siderales de la orgullosa Escuadra Thorbod, también la victoria hubiera estado del lado de los hijos de la Tierra. En el primer encuentro de ambas flotas, los navíos redentores habían liquidado a la flor y nata de la Flota Thorbod infligiéndole la derrota más ruidosa de cuantas se conocían en el Imperio del Sol.

No bastante tranquilos con su formidable blindaje y la terrible

potencia de sus rayos Zeta, los técnicos redentores procedieron a multiplicar las defensas y la potencia ofensiva de su flota dando por supuesto que a su regreso a la Tierra tendrían que enfrentarse con un enemigo cuya flota estaría hecha de una dedona de idéntica tenacidad, los ingenieros redentores laboraron para romper el equilibrio de fuerzas que podría derivarse de unas corazas y unos rayos Zeta de igual potencia.

Los navíos redentores, al igual que los buques de guerra del siglo XX, fueron divididos en compartimentos estancos con herméticos cierres a presión. Ningún rayo Zeta sería capaz de desintegrar las corazas de dedona, pero un proyectil autómata, construido de dedona y cargado de un explosivo atómico podría llegar impunemente hasta el buque a través de los rayos Zeta y, pegando con bestial violencia en uno de sus costados, hacer explosión abriendo un enorme agujero.

Los ingenieros aeronáuticos redentores tomaron todas las medidas imaginables para prever un ataque de este género y dotaron a su vez a la flamante flota de gran número de tubos lanzacohetes. Los proyectiles cohete disparados por estos tubos tenían dos metros de diámetro por veinte de longitud. Estaban hechos de dedona y llevaban en su cabeza una carga hueca que contenía una enorme bomba de cobalto. Una vez el proyectil abandonaba su tubo a tremenda velocidad, se hacía cargo de él un piloto automático quien, guiándose por una pantalla de radar, conducía al artefacto contra el enemigo. Este podía maniobrar cuanto quisiera. El fatídico proyectil le seguía tenazmente, le daba alcance y pegaba en sus partes más vulnerables. La carga hueca hacia explosión y abría un tremendo agujero, no ya en blindajes de dedona de un metro de espesor, sino incluso en corazas dos veces más gruesas.

Todo este lujo de precauciones había resultado superfluo, afortunadamente. La reconquista de la Tierra no hubiera sido tan fácil de poseer la Bestia Gris una flota como la redentora.

En esta confianza, la flotilla capitaneada por el acorazado Veracruz volaba tranquilamente rum-bo a Ganimedes con ánimo de ojear este planeta, todavía ocupado por la abominable Bestia Gris. Ninguna preocupación atormentaba al joven comandante de la escuadrilla, como no fuera la de asegurarse de que el tradicional pavo de Navidad iba a salir debidamente asado del horno eléctrico de la cocina de a bordo.

Era la víspera de Navidad, y aunque aquí, en mitad del espacio,

brillara el sol a todas horas, allá en España debería ser las nueve de la noche.

La tripulación del Veracruz disponíase a celebrar en fraternal camaradería la cena de Nochebuena. El comandante de la flotilla, capitán de na-vío don Bernabé Pocaterra salió de su camarote y echó a andar por el pasillo en dirección al comedor. Las sólidas puertas de los compartimentos estancos iban abriéndose a su paso y cerrándose a sus espaldas, apenas las trasponía, sin que mano humana interviniera en sus movimientos.

El capitán Bernabé Pocaterra era, entre un pueblo de hombres altos y rubios, un joven de estatura mediana, moreno y esbelto como una muchacha. Con su boca sonriente y sus risueñas pupilas color castaño parecía la encarnación del espíritu satírico y optimista de los seres limpios de corazón y de conciencia. Se comprendía a primera vista que era un hombre satisfecho de la vida, contento de su suerte, sin nada reprochar al destino, abierto y franco con todo el mundo.

La tripulación del Veracruz adoraba a este jefe de silueta frágil. Un carácter como el suyo era una bendición a bordo de una aeronave cuyas misiones a través del espacio mantenían durante largos días, y aún a veces durante semanas enteras, completamente aislada a su dotación del mundo que vivía en las ciudades de tierra firme. Los pocos hombres y mujeres encerrados en uno de estos buques del espacio sentíanse entonces como perdidos en la vastedad del desierto cósmico. Todo cuanto les rodeaba, incluso el mismo navío, era demasiado enorme para la pequeñez humana porque, dijérase lo que se dijera, el hombre, al cabo de varios siglos de haber conquistado el espacio, todavía no estaba acostumbrado a las grandezas del Universo infinito que salían a su encuentro apenas abandonaba el fondo de la atmósfera del mundo para el que estaba constituido.

Con el capitán Pocaterra no se daban jamás los desagradables incidentes violencias, odios, peleas, que jalonaban la existencia cotidiana a bordo de otros buques de la Flota Sideral. Una paz beatífica emanaba de aquel jefe de aspecto frágil y aniñado, y de ella se saturaban todos cuantos servían a sus órdenes. Por lo demás, resultaba en extremo peligroso alterar la paz interior del capitán y sacarle de sus casillas con reiteradas faltas de disciplina. El que tal osara corría el peligro de perecer víctima de las cóleras de don Bernabé. Este, cuando se enfadaba, cobraba el aspecto de un volcán repentinamente despertado tras un letargo de siglos. Se rodeaba de humo, de llamas y de truenos, y su pequeña figura se agigantaba de

forma sorprendente y terrible para el provocador del cataclismo.

El capitán del Veracruz, recorriendo el larguísimo pasillo, entró en el comedor. La tripulación del acorazado se componía de treinta mujeres y veinte hombres todos ellos especialistas en diversas ramas de la técnica, tales como pilotos, electricistas, artilleros radar, radiotelegrafistas, navegadores, mecánicos, ingenieros aeronáuticos, etc., así como un médico, dos cocineras y un capellán castrense.

Buena parte de la tripulación estaba dedicada en la preparación de la mesa y en el adorno del salón. El capitán olfateó el aire haciendo vibrar las aletas de su nariz.

- Me parece que huele a quemado -mur-muró.

- Alguien se quema -dijo el segundo oficial pasando por su lado con una escalera a rastras-, pero no es el pavo, sino la teniente Iriarte.

Bernabé volvió los ojos hacia una linda muchacha rubia que estaba distribuyendo los cubiertos de plata a lo largo de la enorme mesa de cristal. La joven le miró también, enrojeció violentamente y apartó sus lindos ojos verdes hacia otro lado. Una cuchara le cayó de las manos al suelo. El capitán corrió a levantarla y se la entregó a la joven galantemente.

- Gracias… señor… -balbuceó la teniente. Y enrojeciendo más, añadió atropelladamente-: Le ruego que no… que no tome en cuenta la broma del capitán Canadá.

- ¡Qué he de tomarla! -sonrió Bernabé tratando de tranquilizar a la muchacha-. Les conozco perfectamente. Usted es relativamente nueva a bordo de este buque y todavía no se ha adaptado a nuestro ambiente pero ya irá conociendo a estos gansos y aprendiendo a no sofocarse por lo que digan.

La teniente asintió con repetidos movimientos de cabeza. Bernabé le mostró la impecable hilera de sus dientes en una blanca sonrisa y apresuróse en entrar en la cocina. Aquí las dos cocineras andaban muy ajetreadas con los preparativos de la cena navideña. El padre Altamar, con un delantal sobre el pecho y un aparatoso lazo en la espalda ayudaba a las muchachas abriendo latas de conservas.

- ¡Hola, Padre! -saludó el capitán metiendo la mano en una ensalada- ¿Administró los óleos al pavo antes de cortarle el cuello?

- ¡Deje en paz las cosas santas, capitán! -refunfuñó el capellán. Y dando un manotazo a la mano de Bernabé añadió-: ¡Y deje también en paz la ensalada!

- ¿Por qué se enfada? -preguntó el capitán poniendo cara de inocente-. Lo que quería decir era si le había dado al pavo la mano de "óleo"... de aceite necesario para que no se queme.

- ¿Antes de cortarle el cuello, verdad? -farfulló el capellán. Y poniendo el enorme cuchillo de cocina que tenía en la mano ante la cara de Bernabé añadió enérgicamente-: ¡De mañana no pasa que comulgue como un buen cristiano!

- ¡Sí... si... lo que usted diga...! -balbuceó Bernabé simulando tragar saliva con dificultad y mirando al cuchillo con ojos de terror- ¿Qué remedio me queda?

Las cocineras estallaron en una carcajada. El capellán arrugó la nariz, pero finalmente se echó a reír también. En este preciso instante sonó estrepitosamente un timbre de alarma.

Cesaron de golpe las risas. Bernabé Pocaterra dio un salto de sorpresa, borrando en un segundo de su faz la expresión de chanza para sustituirla por otra de suma gravedad. Sus ojos castaños centellearon.

- ¡Zafarrancho de combate! -exclamó dando un salto prodigioso, que le llevó al comedor de dos zancadas.

Todos cuantos estaban en el salón habían quedado inmóviles bajo los centelleantes focos eléctricos. El comandante del Veracruz corrió hacia un televisor y dio vuelta a uno de los botones. En la pantalla apareció el rostro de un muchacho.

- Enemigo a la vista, capitán -anunció-. El serviola electrónico acaba de descubrir una formación de aeronaves. No pueden ser nuestras, puesto que somos la patrulla más avanzada hacia Júpiter, y no siendo nuestras sólo pueden ser buques thorbod.

El acento del informador era tranquilo, casi alegre. Tampoco la expresión de las caras que rodeaban al capitán denotaban temor alguno. La tripulación, convencida de su enorme superioridad sobre el enemigo de su raza, acogía la noticia sin ninguna emoción. El padre

Altamar y las dos muchachas cocineras que se habían asomado a la puerta de la cocina se encogieron de hombros y volvieron a sus tareas. El propio Bernabé respiró aliviado al saber que el timbre no anunciaba ninguna calamidad a bordo del acorazado o de los demás buques de la flotilla sino la presencia toda-vía lejana de unos aparatos desconocidos.

Ahora mismo voy hacía ahí -dijo al muchacho de la pantalla. Y volviéndose hacia la tripulación añadió-: Pueden continuar. No es probable que se les necesite en otra parte.

Bernabé abandonó el comedor. Un minuto más tarde entraba en el quiosco de derrota. No había allí más gente que el oficial de guardia con sus dos ayudantes, el muchacho que habló con Bernabé y una joven de cabellos rojizos aplastados por un par de auriculares, ambos sentados ante el monstruoso cuadro de indicadores.

La misión de aquella guardia permanente consistía en vigilar el normal funcionamiento de las máquinas. La criatura humana no tomaba la menor parte en la conducción del gigantesco acorazado. Los pilotos eran automáticos. Ojos de células fotoeléctricas observaban las estrellas; máquinas pensantes verificaban en un segundo complicados cálculos astronómicos; cerebros electrónicos fijaban cada quince minutos la posición exacta del navío en el espacio. Los ojos invisibles del radar escrutaban el cielo, fijaban en las pantallas sus observaciones y daban la voz de alarma. Si llegaba el caso, aquella muchacha pelirroja apretaría un bo-tón de entre los centenares que tenía al alcance de sus manitas. El artillero electrónico entraría en acción, apuntaría por radar los proyectores de rayos Zeta y dispararía un dardo desintegrante contra el enemigo sin esperar otro aviso.

No había miedo de que ninguno de los "tripulantes" electrónicos de a bordo se equivocara.

Miles de conexiones eléctricas, los nervios del buque, respondían de la pronta y exacta ejecución de cualquier maniobra.

Al entrar Bernabé en el cuarto de derrota, el oficial de guardia le saludó, acompañándole hasta una gran pantalla de televisión. Esta enmarcaba un rectángulo de espacio completamente negro, en el que se destacaba una flotilla de treinta aeronaves cuyas formas diferían muy poco de las adoptadas por los submarinos. El tamaño de estos aparatos venía a ser como el de los cruceros que acompañaban al Veracruz y, a juzgar por la rapidez con que aumentaban de tamaño,

debían desarrollar una tremenda velocidad.

- Se hallan todavía a cien mil kilómetros -dijo el oficial-, pero los tendremos encima en unos minutos si ellos o nosotros no alteramos el rumbo.

- Es imposible que no nos haya visto -farfulló Bernabé-. El comandante de esa flotilla debe estar loco. Nuestros torpedos les harán pedazos en cuanto se acerquen y él debiera saberlo.

- A mí no me gusta nada su aspecto -mur-muró el oficial-. No es lógico que se comporten así después de la derrota que les infligimos hace pocos días.

Bernabé contempló en silencio la flotilla enemiga. También él encontraba extraña la conducta de aquellas aeronaves.

- Conecten la artillería electrónica -dijo volviéndose hacia la muchacha pelirroja-. Si esos idiotas han decidido suicidarse, allá ellos. Les dejaremos tropezar con nuestros torpedos.

La muchacha movió diligentemente algunas palanquitas de su banco de instrumentos. Bernabé se puso en contacto con las restantes unidades de la flotilla. En todas ellas había sonado simultáneamente el timbre de alarma, y entre sus comandantes reinaba la misma sorpresa que en la cabina de derrota del Veracruz. Desde luego, todos coincidían en la idea que el verdadero propósito del enemigo era hallar una muerte heroica estrellándose contra la flotilla redentora, pero tal suposición no dejaba satisfecho a nadie.

- Por si acaso den el toque de zafarrancho de combate -dijo el capitán Pocaterra-. La historia de la humanidad está llena de errores respecto a nuestra manera de interpretar las reacciones de la Bestia. No quiero ser yo el primero en comenzar la nueva serie de pifias. Todo el mundo a sus puestos y ojo alerta.

El timbre de alarma repiqueteó con estrépito en todas las dependencias del Veracruz. La tripulación corrió a sus puestos enfundándose precipitadamente en sus vítreas corazas de presión. El capitán Bernabé Pocaterra echó también mano de su escafandra.

- ¿No estaremos exagerando la nota, capitán? -refunfuñó el oficial de guardia.

- La ordenanza prescribe que al toque de zafarrancho todo el mundo debe enfundarse en sus trajes de seguridad repuso Bernabé luchando con las piezas de su armadura de cristal.

El primer oficial, capitán de corbeta Juan Canadá, entró precipitadamente en el cuarto de derrota seguido de la teniente Ana Iriarte, oficial torpedista. En este momento, la flotilla enemiga se encontraba solamente a 50.000 kilómetros de distancia y desplegaba en formación de combate.

Cuando Bernabé terminó de ajustarse las piezas de su magnífico traje de presión, el enemigo se ponía a tiro de los cañones Zeta del Veracruz. La artillería automática hizo funcionar los proyectores. Escuchóse el peculiar mosconeo de un zumbador eléctrico. Todos los ojos se volvieron a la pantalla de televisión. Pero no ocurrió nada.

- ¡Rápido, teniente Iriarte! ¡Prepare los torpedos!

La flotilla enemiga estaba a 30 mil kilómetros de distancia y doblaba ligeramente hacia la izquierda, apartándose de la trayectoria de los aparatos redentores. En la pantalla se veían como si estuvieran a sólo 500 metros de distancia. Todos pudieron ver con toda claridad cómo los buques enemigos se rodeaban de una serie de luces verdes azuladas que parpadeaban rápidamente. A la vez se escuchó en el puente de mando un agudo silbido, anunciando que el casco del navío estaba bajo el impacto de los Rayos Zeta del enemigo.

- ¡Atención, Rayos Zeta sobre nosotros! -gritó el ayudante de piloto.

- ¡Atención! -gritó la voz impersonal del serviola electrónico -. ¡Torpedos a nueve, cero, cero!

El capitán Bernabé dio un respingo. En la pantalla se vio crecer rápidamente de tamaño una línea apretada de puntos que centelleaban a la luz del sol.

- ¡Pronto, dispara! -gritó Bernabé sacudiendo por el hombro a la teniente.

- ¡Disparo!

En la pantalla aparecieron de súbito 16 enormes torpedos que, dejando tras sí sendas lí-neas de polvillo brillante, se alejaban a tremenda velocidad en dirección al enemigo. Eran los torpedos

atómicos de carga hueca disparados por el Veracruz. Así lo anunció dos segundos más tarde la voz del torpedista electrónico.

- ¡Los torpedos han salido!

El zumbador del artillero autómata seguía mosconeando, dando a entender que continuaba disparando Rayos Zeta contra la flotilla y la formación de torpedos enemigos.

- ¡Detengan esa maldita artillería! -rugió Bernabé fuera de sus casillas -. ¡De valiente cosa nos sirve ahora!

CAPÍTULO II

NAUFRAGOS COSMICOS

Por una ironía del destino, dos flotas supermodernas, construidas y armadas con arreglo a los avances de la más alta técnica, se enfrentaron al estilo de las escuadras navales de principios del siglo XX. En una curiosa regresión a los tiempos de pretérito, la coraza y el proyectil para perforar a ésta volvían a ser los principales in-térpretes de un feroz duelo a muerte. EI drama tenía por escenario la inmensidad del vacío cósmico en vez de la líquida superficie de los mares terrestres, pero las circunstancias eran las mismas.

La escuadra redentora contestó al ataque con torpedos disparando a su vez nutridas formaciones de torpedos. Estos habían sido construidos para buscar y hacer explosión contra los cascos de los buques enemigos abriéndoles grandes agujeros en las corazas. Si la explosión tenía la fortuna de alcanzar al contrario en la popa, donde estaban los poderosos reactores atómicos, lo más probable era que estos hicieran explosión dispersando al buque en pedazos. Pero aún sin acertar en un punto vital, los boquetes abiertos por los torpedos en el casco de un buque eran siempre temibles. Los torpedos que llegaban buscaban con malévola intención estos grandes agujeros para colarse por ellos y hacer explosión dentro de la misma aeronave. Aun en el mejor de los casos, el oxígeno a presión que inundaba los compartimentos estancos de una aeronave sideral escapaba por estos boquetes siendo sustituido por el espantoso frío cósmico de 273 grados bajo cero o “cero absoluto”.

Los cerebros electrónicos que tripulaban estos torpedos estaban poseídos de diabólica animadversión. "Sabían" donde quedaban los puntos más vulnerables del enemigo. Atraídos por las partículas

ionizadas que expulsaban los eyectores atómicos, buscaban siempre la popa de la aeronave contraria con intención de estallar dentro de la tobera de salida. La aeronave atacada, naturalmente, guiñaba ágilmente dándole el costado o, a ser posible y tener tiempo (esto último en muy contadas ocasiones), ofrecerle la sólida proa. El torpedo llevaba una tremenda velocidad y, si la maniobra se hacía en el momento oportuno, pegaba en el costado del buque con bestial impulso.

Pero el torpedo que llegaba detrás buscaba también la popa del buque, y si éste le ofrecía nuevamente el costado perforado, la diabólica máquina buscaba en el último instante el boquete abierto por su antecesor (si es que lo había abierto), se introducía en él y explotaba dentro del compartimento estanco echando abajo tabiques y cierres de presión.

De todos los males, este último era el menos malo, y el buque procuraba eludir siempre que podía un impacto directo en sus toberas de propulsión y dirección. No obstante antes de recurrir a este extremo, el navío contaba todavía con un medio de defensa: sus propios torpedos.

Con pocos segundos de intervalo, los cruceros y destructores que escoltaban al acorazado Veracruz soltaron sendas andanadas de torpedos automáticos.

- ¡Máquina avante! -gritó Bernabé ante el micrófono que le mantenía en comunicación con los buques de su flotilla -. ¡Viren noventa grados a estribor, desplieguen en orden de combate y no dejen de lanzar torpedos! ¡Por el amor de Dios, sobre todo no dejen de disparar torpedos!

La flotilla viró saliendo en persecución del enemigo. Este, a su vez, viraba también a estribor sin dejar de lanzar torpedos al espacio. En unos breves minutos, las dos flotillas quedaron formando una enorme rueda que giraba y giraba en el vacío cósmico manteniéndose un extremo a 5.000 kilómetros aproximadamente del otro. En el espacio que quedaba dentro del corro de danzantes aeronaves, los torpedos autómatas entraban en colisión con espantable furia. Cada máquina buscaba la máquina rival con la suicida intención de destruirla al propio tiempo que sé autodestruía Los torpedos enemigos, con gran sorpresa del capitán Bernabé Pocaterra, parecían construidos según el mismo modelo. Lejos de rehuir del encuentro con los proyectiles redentores les buscaban ansiosamente.

El encontronazo tuvo lugar en mitad de un impresionante silencio. Viéronse brillar aquí y allá grandes fogonazos de un lívido color verde. La primera explosión tuvo lugar aproximadamente en mitad del círculo que formaban los combatientes pero luego hubo una rápida dispersión de explosiones hacia los extremos de la rueda. Los torpedos redentores que conseguían trasponer la movible barrera surcaban el espacio como centellas para ir a estrellarse contra los torpedos enemigos recién salidos de sus tubos de lanzamiento.

Inesperadamente, la flotilla thorbod viró en redondo poniendo proa contra sus perseguidores. El capitán Pocaterra no pensó ni por un instante en eludir el cuerpo a cuerpo. Le enojaba aquel combate de fuerzas demasiado igualadas.

Las dos escuadras se lanzaron una contra otra disparando torpedos por delante. Los torpedos, más veloces que los buques, entraban en colisión a una distancia intermedia entre las dos formaciones de navíos. El chisporroteo de las luces atómicas fue quedando más cerca por instantes. A una tremenda velocidad, las dos flotillas se cruzaron como se cruzan los dientes de un peine por entre las púas de un segundo peine. La distancia entre buque y buque no era de más de 20 kilómetros en la mayoría de los casos, y aún a veces menos.

La formación se rompió. Cada aeronave comenzó a dar guiñadas y saltos en el vacío, girando unas alrededor de otras como perros que intentaran morderse el rabo. Los torpedos danzaban por todos lados, buscando el cuerpo a cuerpo con el enemigo.

- ¡Atención, torpedos! -gritaba la voz sin expresión del serviola electrónico.

El Veracruz continuaba gobernado por el piloto automático. Este "veía" en las pantallas de radar al enemigo, conocía en cada instante su posición y "sabía" cómo eludir el certero golpe de un torpedo. Sus reacciones eran instantáneas "Pensaba" a la velocidad de la luz: 300.000 kilómetros por segundo.

- ¡Atención, torpedos! -repitió la voz del serviola.

Bernabé se asió con fuerza al banco central de instrumentos. El Veracruz pareció haber chocado contra un aerolito gigante. Saltó hacia arriba en mitad de un espantoso crujido. El capitán Canadá rodó por el piso como una pelota. La pelirroja fue arracada de su sillón y

proyectada violentamente contra la pared. El acolchado interior de su armadura de cristal la salvó de una cierta fractura de cráneo. Casi al mismo tiempo, un puño ciclópeo pareció golpear al acorazado en la proa. Hasta la cabina llegó muy apagado el seco estampido que producía el aire comprimido al escapar por un boquete.

- ¡Atención -gritó una voz grabada en cinta magnetofónica-. ¡Avería en el compartimento doce.

- ¡Atención! -simultáneamente otra voz inexpresiva, tranquila como el hombre que la había grabado en circunstancias muy distintas-. ¡Avería en el compartimento tres!

Bernabé volvió sus ojos hacia la pantalla de televisión. Considerablemente aumentado por el telescopio pudo ver como si estuviera a sólo 200 metros de distancia uno de aquellos siniestros husos voladores en forma de submarino antiguo. Vio cómo dos torpedos se lanzaban rectos contra popa… El navío dio una guiñada… los torpedos le golpearon al costado, cerca de la tobera. Brilló la luz atómica con su siniestro fulgor verde azulado… El reactor atómico del enemigo hizo explosión dispersando la aeronave en un millón de fugitivos fragmentos.

- ¡Anda. Chúpate esa! -farfulló Bernabé sintiendo el corazón inundado de satisfacción.

Pero a continuación frunció el ceño con disgusto Acababa de ver uno de los propios cruceros en forma de esturión explotar como un cohete en mitad de un espantoso fogonazo. Más allá, un destructor en forma de tiburón seguía la misma suerte. La flotilla no llevaba la mejor parte en la batalla. Pero tampoco la peor. Con tanta frecuencia como reventaban buques redentores veía Bernabé saltar en diminutos fragmentos aparatos enemigos.

Al cabo de breves minutos, el acorazado Veracruz se encontró muy lejos de sus navíos de escolta. Cambiando torpedos y más torpedos con una aeronave ahusada. Cada aeronave luchaba por su cuenta evolucionando a velocidades que las llevaba a enormes distancias unas de otras. El Veracruz encajó otro fatal disparo del enemigo, esta vez en el compartimento de máquinas.

Rodaron por el piso el capitán Pocaterra y el capitán Canadá. Las luces se apagaron de golpe mientras todo el buque se estremecía y saltaban en pedazos los cristales de las esferas indicadoras. El apagón

duró sólo medio minuto, pero a Bernabé se le antojó un siglo. Un dispositivo automático restableció la corriente eléctrica al ponerse en marcha un generador auxiliar.

- ¡Atención, avería en el compartimento de máquinas!

Bernabé y el capitán Canadá cruzaron una mirada de angustia. Simultáneamente se volvieron a mirar hacia el buque enemigo. Este se disponía a virar emprendiendo la retirada. Era fácil de comprender que había agotado su provisión de torpedos.

- ¡Los motores no funcionan, señor! -anunció el joven ayudante tirando rápidamente de algunas palancas y haciendo girar gran número de reostatos.

El capitán Pocaterra encajó la mandíbula con fuerza. Su mano enguantada de vidrio, ligeramente temblona, cayó sobre el hombro de la teniente Iriarte.

- ¿Nos quedan proyectiles?

- Solamente cuatro, señor.

- Dispárelos. Ese maldito buque no debe escapar.

Los ágiles dedos de la muchacha se movieron sobre la fila de botones. En la pantalla de televisión aparecieron cuatro grandes torpedos autómatas que, vistos de popa, se empequeñecieron rápidamente mientras volaban raudamente en busca del enemigo.

Entre tanto, un coro de voces mecánicas y humanas iba dando cuenta de los desperfectos causados por los impactos enemigos. Las llamas corrían á lo largo de los centenares de kilómetros de cable eléctrico que constituían los nervios del acorazado. Estallaban incendios aquí y allá provocando explosiones aisladas. En la sala de máquinas se incubaba la horrorosa explosión del combustible radiactivo que haría pedazos el hermoso buque. Era un verdadero milagro que aquel peligroso material no hubiera estallado ya como una monstruosa bomba atómica. El oxigeno se escapaba por gran número de grietas abiertas por las explosiones. Algunos miembros de la tripulación humana habían quedado incomunicados. De otros muchos no se tenía la menor noticia.

- ¡Comandante a tripulación! -grito Bernabé ante los micrófonos-.

¡Prepárense para abandonar el buque!

Todos los rostros se volvieron hacia el capitán. En todos los ojos pudo leerse la misma pregunta:

- ¿Abandonar el buque, para qué? ¿Dónde podían ir?

Bernabé pareció no entender aquellas mudas preguntas. Hizo una seña a la muchacha pelirroja.

- ¿Queda algo de nuestra flotilla? -Preguntó.

La muchacha movió los mandos que, a distancia, controlaban el telescopio electrónico. En primer término apareció el buque que había hundido al Veracruz Aquella aeronave volaba como una centella perseguida por los cuatro torpedos autómatas redentores. De pronto viró para hacer frente a sus tenaces perseguidores. Los cuatro torpedos le dieron en el flanco derecho abriendo otros tantos enormes agujeros. Brilló un fogonazo, y casi la mitad del huso color pardo voló en pequeños fragmentos mientras la otra mitad seguía su rápido vuelo por la fuerza del impulso que llevaba.

En este mismo instante se produjo a bordo del Veracruz una aterradora explosión. El piso tomó una violenta inclinación y las luces se apagaron de golpe, pero nadie cayó al suelo. Por una causa u otra, la corriente eléctrica habíase interrumpido, dejó de funcionar el campo magnético que mantenía a los hombres pegados al piso, y estos quedaron flotando en el espacio en mitad de la oscuridad, chocando unos con otros.

La oscuridad duró medio minuto solamente. Los constructores del Veracruz habían previsto todas las contingencias posibles y entre ellas estaba un caso como este. Un acumulador suplió automáticamente la falta de corriente del generador auxiliar y los tubos de luz fluorescente volvieron a brillar como antes. La luz mostró un grotesco espectáculo muy divertido para otra ocasión que no implicara la tragedia de este momento. Toda la tripulación flotaba en mitad del espacio, a igual distancia del piso que del techo Y de todas las paredes circundantes.

- ¡Vamos! -gruñó Bernabé contorsionándose en aire para adoptar una postura menos ridícula la de tendido boca abajo con las piernas apuntando al techo-. ¡Hemos de abandonar el buque antes que estallen los reactores!

Los constructores del Veracruz, previendo este incidente, habían dispuesto unas barras verticales en el cuarto de derrota y una serie de pasamanos de cristal a lo largo de todos los corredores del navío. Asiéndose a las barras verticales, y luego a los pasamanos, la tripulación pudo apearse de las alturas y salir del corredor inmediato.

Los acumuladores de reserva hacían brillar las luces a todo lo largo de los pasillos. Escuchábase el medroso crepitar de las llamas a través de los tabiques. De vez en cuando, una sorda explosión sacudía al buque como una hoja seca. A medida que avanzaban asidos a los pasamanos y abrían puertas estancas, el grupo engrosaba con otros tripulantes que llevaban el mismo camino hacia el compartimento central de botes.

A todos les pareció que transcurría un siglo hasta alcanzar este compartimento. A lo largo de un corredor se abrían en el suelo tres agujeros redondos debajo de los cuales esperaban otros tantos botes salvavidas, capaz cada uno de ellos para 20 hombres Una de las escotillas estaba abierta. Un grupo de hombres y mujeres se introducía por el redondo agujero, del que brotaba un difuso resplandor rojizo. El Padre Altamar estaba entre ellos.

- ¿Están todos aquí? -le preguntó a Bernabé.

- Aquí somos unos dieciocho o veinte. Faltan algunos muchachos, pero no sé quiénes son…

Bernabé contó a los de su grupo. Eran diecinueve.

- Bueno. Vayan bajando -refunfuñó mirando hacia La puerta del compartimento -. Todos han tenido tiempo de Sobra para llegar aquí, y si queda alguien, todavía dispone de un bote… déjenles la escotilla abierta para ganar tiempo.

Los tripulantes desaparecían rápidamente por el segundo agujero. El Padre Altamar saludó al capitán con un gesto y se introdujo por la primera escotilla, que se cerró inmediatamente sobre su escafandra de cristal. Un ingeniero apareció por el fondo del pasillo, asiéndose al pasamanos.

- ¡Rápido… rápido…! Animó Bernabé.

Había quedado solo junto a la escotilla. De abajo le llamaban. El sargento llegó hasta el capitán y se tiró de cabeza por el agujero.

Bernabé lanzó una rápida ojeada arriba y abajo del compartimento. Como no viera llegar a nadie más y el tiempo apremiaba se introdujo por la escotilla. Inmediatamente debajo estaba la portezuela de un bote salvavidas. Bernabé cayó dentro del aparato mientras un tripulante cerraba la trapa y luego la portezuela.

- ¡Listo, piloto! -gritó.

El reactor atómico del aparato zumbó. El segundo oficial, teniente Pedro Aznar, había tomado asiento ante los mandos. Movió ligeramente la palanca aceleradora. Las partículas ionizadas que salían por la tobera hicieron funcionar el mecanismo automático de disparo. Con la velocidad de un objetivo fotográfico abrióse ante la proa del bote salvavidas un redondo agujero negro. El aparato, empujado por la presión del aire que llenaba la celdilla, fue expulsado con la velocidad de torpedo.

Se vieron volando en mitad del espacio, alejándose con rapidez del gigantesco acorazado y recibiendo por la espalda la mortecina luz del Sol quién, distante más de 700 millones de kilómetros, apenas si coloreaba con sus débiles rayos la cubierta azul de la cabina. A proa podían ver el salvavidas que les precedía, brillante como movible estrella. Por babor, a unos 5 millones kilómetros, el gigantesco Júpiter resplandecía como una hinchada luna embozada tras los misteriosos velos de la envoltura gaseosa. Algo más cerca giraban en el espacio seis de las diez lunas de aquel planeta, pero todo el resto del cielo mostrábase negro y desolado.

Ningún océano de la Tierra, ningún desierto de la Luna podrían igualar en grandeza y soledad a este espantoso desierto cósmico. El destino habíales convertido en náufragos del anonadador abismo existente entre Júpiter y el planeta Marte, distante de aquí 500 millones de kilómetros. La Tierra, el único planeta que podía concederles hospitalidad en el Reino del Sol, era invisible en la lejanía de 600 millones de kilómetros. El único oasis, la única isla de aquel enorme vacío cósmico era Ganimedes, la tercera luna de Júpiter. Júpiter era un colosal globo de fuego, sus lunas estaban desiertas y Ganimedes, al igual que el remoto Marte, estaba ocupada por el implacable enemigo de la humanidad; la abominable Bestia Gris.

CAPÍTULO III

ARRIBADA FORZOSA

El acorazado Veracruz perdíase en la distancia, camino del gigantesco Júpiter. Sus reactores, por una causa u otra, no habían hecho explosión. Pero su muerte estaba irremisiblemente sellada. Con los motores parados el impulso conseguido cuando estos funcionaban le llevaban a perecer en el titánico incendio de Júpiter, quien le atraía a su seno como un gigantesco electroimán. De no estar Júpiter en su ruta, el fin del hermoso buque hubiera sido igualmente trágico. En el vacío estelar no existía aire ni nada que pudiera el impulso adquirido y a una marcha siempre igual volaría a través del Universo durante años, tal vez durante siglos, hasta que tropezara un mundo que le arrastrara hacia sí, como le arrastraba Júpiter.

Apenas el bote hubo dejado su celda, el capitán Bernabé Pocaterra avanzó por entre las filas de hacia la proa, donde estaba la cabina acristalada y el sillón del piloto. Aunque se trataba solamente de un bote salvavidas, el aparato tenía las dimensiones y el confort de un vagón de ferrocarril. Exteriormente tenía la forma de un proyectil ahusado, de cuerpo redondo y terminado por tres aletas que les servían para gobernarse cuando operaba dentro de una atmósfera Interiormente estaba dividido en un gran compartimento para la tripulación, una pequeña cocina eléctrica, una despensa, un lavatorio y, a popa, la sala de máquinas. Construido expresamente para abandonar el buque matriz en caso de apuro, no estaba armado ni tenía más defensa que la de una delgadísima plancha de dedona, cuya verdadera finalidad era darle flotación cuando volaba dentro de la zona de atracción de un planeta. Teóricamente tenía un radio de acción ilimitado, ya que una vez logrado el impulso inicial le bastaba parar sus motores para seguir volando hasta el infinito, pero en La práctica su tiempo de vuelo quedaba supeditado a las reservas de oxigeno de sus depósitos.

El teniente Pedro Aznar, que era el piloto, volvió hacia Bernabé su rostro alarmado. Acababa de conectar la pantalla de radar para explorar los alrededores y la mostró a su comandante con el dedo.

- Mire eso. ¿Qué mil diablos es? -gruñó Bernabé arrugando el ceño.

- En el cristal se veían dos pequeños puntos fluorescentes entregados a una danza loca, pero dotada de cierta lógica. Una luz escapaba y la otra le perseguía acortando rápidamente las distancias.

- El que huye es el bote de nuestros amigo dijo el teniente-. El otro cuerpo puede ser un bote nuestro, un aparato enemigo que le ataca… un torpedo autómata que le persigue.

Sintió Bernabé un erizón de frío recorrerle la espalda. No habían contado con aquello, tal vez porque no existan verdaderos antecedentes de una batalla cósmica con torpedos autómatas, y sin embargo, era muy natural que después del combate quedaran errando por el espacio proyectiles autómatas que buscaban desorientados a alguien contra quien chocar.

- ¡Rápido, conecte el telescopio! -gritó al teniente.

El joven manipuló entre la caótica confusión de botones e interruptores que llenaban el salpicadero. A su izquierda se encendió una pantalla de televisión y en ella todos pudieron ver al bote salvavidas que les precedía pirueteando para escapar a la feroz persecución de un siniestro torpedo autómata. La máquina infernal alcanzó rápidamente al aparato. Brilló una llamarada azul verdosa; y cuando ésta se extinguió, al cabo de un segundo, no pudo hallarse más rastro del bote ni del torpedo suicida que una nube de brillante polvillo.

Un mortal silencio siguió a esta terrible escena.

- ¡Pobre Padre Altamar! -exclamó el capitán Canadá-. Era un hombre excelente…

- Vire en redondo, Aznar -farfulló Bernabé con voz ronca-. Por esta ruta no vamos a ninguna parte.

- Tal vez quede alguno de nuestros buques supervivientes insinuó el teniente.

- Es más fácil que nos encontremos con algún torpedo vagabundo repuso Bernabé-. Lance una llamada general por radio. Si se ha salvado algún buque no dejará de contestar.

El piloto hizo virar al aparato, tomó el micrófono del salpicadero y lo acercó a sus labios.

- ¡Aquí Veracruz! Veracruz llama general grupo ocho de la Flota Décima… Hola, amigos… hola, amigos! Veracruz llama general grupo ocho de la Flota Décima! ¡Contesten!

- ¡Hola, Veracruz! -contestó una voz lejana -. ¡Gerona contesta a general grupo ocho, Flota Décima…! ¡Gerona contesta a general…!

Bernabé Pocaterra, arrebató de la mano del teniente el micrófono.

- ¡Aquí Veracruz! -gritó -. Capitán Pocaterra al habla. ¿Con quién hablo? ¿Dónde están ustedes?

- ¡Hola capitán! Aquí teniente segundo del destructor Gerona al habla... a bordo del salvavidas F-12... ¡Por el amor de Dios... vengan enseguida a ayudarnos... el enemigo nos está atacando... sus botes salvavidas van armados de ametralladoras atómícas... acaban de destrozar el bote donde iba el comandante y ahora nos persiguen!

Bernabé tragó saliva y cruzó una mirada de angustia con Juan Canadá. En el intervalo volvió a escucharse la voz del lejano comunicante:

- ¡La batalla ha continuado luego que todos los buques quedaron destruidos... los suyos y los nuestros! Esta maldita gente abandonó sus aparatos y atacó con sus lanchas de salvamento a las nuestras... ¡Nos están haciendo pedazos!

- Escuche, oficial -dijo Bernabé acercando los labios al micrófono-. Siento decirle que le estoy hablando desde un bote salvavidas. El Veracruz fue tocado y tuvimos que abandonarlo... no podemos ayudarles... ¿está seguro de que todos nuestros buques fueron destruidos?

- ¡Cielos, sí... hace un buen rato que llamamos en general por si quedaba algún superviviente, pero ustedes son los primeros en dar señales de vida! Creí a lo pronto que el Veracruz existía aún y podría acudir en nuestro auxilio, pero siendo así... Será mejor que se alejen cuanto antes... Bueno, esto se acaba, capitán. Dos aparatos enemigos nos vienen a la zaga disparando como demonios... hay que ver en qué forma se han ensañado con nuestros indefensos botes... ¡Maldita Bestia! Espero que alguien vengará...

La voz del lejano comunicante pereció ahogada en un formidable estrépito. Luego todo quedó en silencio, no escuchándose otra cosa que el zumbido del aparato.

- ¡Se acabó! -murmuró Bernabé dejando caer la mano que empuñaba el micrófono.

Por espacio de un minuto nadie habló. Los ojos permanecían

absortos en una mirada sin objetivo. En el corazón del capitán Pocaterra rugía la llama de la cólera. ¡Veintiséis buques destruidos en una hora escasa! ¡Un millar de vidas perdidas! ¡Y aquella infame Bestia Gris todavía se ensañaba con los indefensos supervivientes!

Bueno -murmuró el capitán Canadá-. Parece que somos los únicos que quedan con vida de toda la flotilla. ¿Qué hacemos ahora?

- ¿Eh? -exclamó Bernabé mirándole asombrado, como si surgiera de un profundo sueño-. ¡Ah, sí! Bien, pues… creo que no tenemos mucho donde elegir. La Tierra queda a seiscientos millones de kilómetros por lo menos… demasiado lejos. No contamos con reservas de oxígeno suficiente para llevar a cabo viajes interplanetarios en toda regla. Nuestra única probabilidad de salvación está en ese satélite de Júpiter llamado Ganimedes.

- ¡Pero en Ganimedes está la Bestia Gris!

- Cierto. En Ganimedes está la Bestia, pero creo que todos nosotros preferimos correr riesgos allí a resignarnos a morir lentamente por asfixia en este bote. ¿No es cierto? -preguntó el capitán volviéndose hacia la cabina.

La tripulación contestó con repetidos movimientos de cabeza.

- Ponga rumbo a Ganimedes, teniente -dijo Bernabé tocando en el hombro al piloto. Y volviéndose hacia Canadá añadió-: en el almacén de este aparato deben de haber algunos fusiles… te-níamos media docena de ellos en cada bote si no recuerdo mal.

Todos los ojos se volvieron hacia los diminutos compartimentos de popa. Bernabé cruzó el pasillo seguido del capitán y abrió la puertecilla del almacén. Dentro cuidadosamente ordenadas en una serie de estantes se veían varias cajas de alimentos concentrados y de comprimidos de vitaminas. En el último estante habían media docena de fusiles ametralladores de cristal con sus correspondientes cananas repletas de peines de munición y otras tantas pistolas hechas de la misma materia. La munición, inclusive, era de vidrio.

- Algo es -murmuró Canadá-. Al menos venderemos caras nuestras vidas.

Bernabé había quedado absorto, dando vueltas entre sus manos a una pistola automática, mas con señales evidentes de no verla.

- ¿En qué piensa? -Le preguntó Canadá.

- En esa flotilla thorbod. Nunca habíamos visto ese modelo de buques. ¿Verdad?

- No. Y para nuestra seguridad sería mejor que el enemigo no dispusiera de muchos aparatos como esos. ¡Cristo! Ha sido una batalla fenomenal.

- No pensaba precisamente en la batalla que acabamos de librar, sino en las que faltan por librarse todavía -repuso Bernabé sombríamente-. En el primer encuentro de nuestra Flota con la Armada Imperial thorbod les destruimos dos millones de modernas aeronaves en un abrir y cerrar de ojos… Me pregunto qué hubiera ocurrido si aquella Armada llega a disponer de corazas como las que hemos visto hoy.

- La invasión de la Tierra por nuestro ejército hubiera sido imposible -repuso prestamente el capitán Canadá-. El enemigo nos hubiera barrido del espacio con tanta rapidez como nosotros les barrimos a ellos. Por fortuna no fue así, y aquellos dos millones de buques ya no cuentan para las operaciones del futuro.

- Aquellos no -murmuró Bernabé-, pero a la Bestia le queda todavía una considerable fuerza sideral. Tal vez entre los cuatro millones de navíos que les restan haya un gran número construidos y acorazados como los nuestros; en ese caso…

Bernabé se interrumpió haciendo un gesto significativo. Entre los dos oficiales redentores se levantó un muro de silencio.

- Bueno -rezongó Canadá- aún así, continuaremos siendo una fuerza aérea de consideración. Por lo demás, la Bestia no debe disponer de tantos buques acorazados del modelo de los nuestros. De haberlos tenido los hubiera lanzado contra nosotros el día que nuestra Flota Sideral puso rumbo a la Tierra. ¿No cree?

- Sí, en esto tiene usted razón -suspiró Bernabé sintiendo un extraordinario alivio-. El hombre gris no se hubiera reservado sus mejores buques siderales mientras le arrebatábamos el planeta Tierra. De todos modos hemos de buscar la forma de hacer llegar a nuestro Almirantazgo la noticia de lo ocurrido hoy a nuestra flotilla.

- Sí, pero ¿cómo? Nuestra emisora de radio no es bastante poderosa para hacer llegar un mensaje a la Tierra, y a menos que pongamos una nota dentro de una botella vacía y la abandonemos en el espacio como hacen los robinsones…

Bernabé sonrió de la ocurrencia de Canadá.

- Nos queda el recurso de enviar este bote -dijo gravemente.

- ¿Vacío?

- No diga tonterías. Naturalmente, no irá vacío. Somos diecinueve individuos a bordo. Diecinueve personas es demasiada gente para intentar un viaje de seiscientos millones de kilómetros hasta la Tierra. Consumiríamos todas las reservas de oxígeno a poco más de la mitad del camino, y es bien sabido que las raciones de oxígeno no pueden acortarse como los alimentos. Pero podemos tomar una solución intermedia. Este bote dejará en Ganimedes a la mitad de nosotros, y la otra mitad, con suficiente oxígeno para el viaje, emprenderá el vuelo hacia la Tierra.

- ¡Seiscientos millones de kilómetros! -suspiró Canadá-. ¡Y con la Bestia patrullando por el espacio!

- También habrá patrullas nuestras. Es muy probable que este bote encuentre una flotilla a mitad de camino -recordó Bernabé.

- En tal caso, ¿por qué no intentar la aventura juntos?

- Demasiado arriesgado. Sería restar posibilidades a la empresa y alguien debe de llegar a la Tierra para dar cuenta de lo que ocurre. La mitad de nosotros ha de sacrificarse para que la otra mitad cuente con el mayor número posible de ventajas. Es lo mejor en todos los conceptos, porque a los que desembarquemos en Ganimedes siempre nos animará la esperanza de que el Almirantazgo mande una flotilla en nuestro socorro.

- ¿Los que desembarquemos? -repitió Canadá- ¿Quiere decir que usted y yo nos contamos ya entre ellos?

- Usted no, pero yo sí. Mi deber es permanecer en el puesto de mayor peligro y aunque los que tripulen este aparato no estarán exentos de ellos, no pueden compararse con los que correrán quienes se queden en el satélite.

- ¿Va a pedir voluntarios?

- Sí

- Pues apúnteme el primero. Yo voy donde vaya usted.

- Gracias. Sabía que podía contar con su ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo mientras no hable con los demás. Vamos allá.

Canadá siguió con mueca de malhumor a su superior hasta el centro del pasillo abierto entre las hileras de sillones. Bernabé reclamó la atención general y expuso brevemente sus planes.

- Necesito nueve voluntarios terminó diciendo-. Aquellos que quieran seguirme pueden levantar una mano.

Dieciocho brazos, incluido el del capitán Canadá, se alzaron hacia el techo de la cabina. Bernabé les hizo seña de que bajaran las manos y se acarició pensativamente la barbilla.

- Bueno, -dijo Canadá-. ¿A qué espera? Usted es el comandante y puede escoger a quienes quiera.

- Eso es lo malo -gruñó Bernabé-. No puedo tomar a unos sin que los otros se consideren despreciados. Dejaremos que escoja la suerte. ¿Les parece bien?

La tripulación asintió con profundos movimientos de cabeza, a excepción de Canadá que murmuró rencorosamente por lo bajo:

- ¡Hacerme tomar parte en un sorteo a mí! No le perdonaré nunca esta afrenta, capitán Pocaterra. Creo que me he portado bastante bien mientras estuve bajo sus órdenes.

- Todos se han comportado magníficamente, Canadá -repuso Bernabé sonriendo-. Com-préndalo.

Se procedió inmediatamente al sorteo. Bernabé hizo de una hoja de un bloc dieciocho papelitos. En nueve de ellos escribió a lápiz: Ganimedes. Los otros los dejó en blanco, redujo cada uno de los dieciocho pedazos a pequeñas bolas, metió éstas en su gorra y las agitó invitando a Canadá a que introdujera en primer lugar la mano. El capitán sacó una bola, la desplegó y la tiró al piso malhumorado.

No era necesario más para comprender que le correspondía emprender el largo viaje de 600 millones de kilómetros hasta el planeta Tierra.

Los demás no mostraron alegría ni malhumor al extraer sus bolas. Les era indiferente marchar a la Tierra o quedarse en Ganimedes. La suerte designó como compañeros de Bernabé al segundo oficial, teniente Pedro Aznar; a la tercera oficial, teniente Ana Iriarte; al segundo ingeniero de máquinas, teniente Antonio Costa, y a los sargentos Mercedes Carrillo, María Icart, José Calvo, Armando Valdivia, Carmen Vilar y Luisa Castillo. Incluyendo a Bernabé Pocaterra eran cinco hombres y cinco mujeres.

El bote salvavidas del Veracruz acercábase rápidamente a Ganimedes. Este aparecía por la proa con un diámetro aparente doble que el de la Luna vista desde la Tierra, pero con un brillo muy inferior porque aquel hemisferio del satélite vuelto hacia los expedicionarios recibía del Sol una luz y un calor 25 veces más débiles que los recibidos por la Tierra y su eterno compañero, la Luna. A la izquierda, casi tocando el disco de Ganimedes, se veía la gigantesca esfera de Júpiter, un disco de fuego 220 veces más grande que el disco del Sol que los terrestres veían desde su mundo, pero sin la cegadora luz de éste.

El capitán Canadá, que había sustituido ante los mandos al segundo oficial, teniente Pedro Aznar, llamó con una voz a Bernabé.

- ¿Qué ocurre?

- Alguien nos persigue aseguró Canadá señalando la pantalla del radar.

Bernabé miró en sombrío silencio el punto de luz fluorescente que surcaba casi imperceptiblemente la negra pantalla de cristal.

- Tal vez sea algún bote salvavidas de nuestra flotilla murmuró.

- No lo creo.

- Yo tampoco, pero debemos averiguarlo. Mantenga la misma velocidad mientras trato de obtener una respuesta por radio.

Bernabé ocupó el sillón vacío que había junto a Canadá, empuñó el micrófono y movió el dial del salpicadero lanzando una llamada en la longitud de onda ultracorta utilizada por la Flota redentora. Repitió la

llamada durante diez largos minutos sin obtener respuesta alguna.

- Es un aparato enemigo, no cabe duda -murmuró cerrando la radio-. Ahora dará aviso a la guarnición de Ganimedes para que nos preparen un caluroso recibimiento.

- Demos la vuelta -aconsejó Canadá-. Pongamos proa a la Tierra y ¡qué demonios!, lo que sea de unos será de todos

- Imposible. Si nos adentramos en el espacio ese aparato nos dará alcance antes que lleguemos a la órbita de la última luna de Júpiter. Al menos en Ganimedes nos queda la esperanza de ocultamos en sus grandes selvas, aunque tengamos que abandonar el bote y renunciar al viaje hasta la Tierra.

El capitán se encogió de hombros y Bernabé se trasladó a popa para repartir las armas, las municiones y algunos alimentos concentrados entre los que iban a desembarcar. Cuando regresó junto al piloto, vio que el aparato persecutor había acortado considerablemente la distancia que les separaba. Conectó el telescopio con el radar. En la pantalla del televisor apareció un aparato volador cuyas formas diferían bien poco de las del propio. A partir de entonces dejó el televisor conectado con el telescopio.

El bote salvavidas descendía vertiginosamente sobre la superficie de Ganimedes, enmascarada tras enormes bancos de nubes algodonosas, cargadas de lluvia.

- Ahora sí que va a ser preciso disminuir la velocidad -recordó Canadá -. Si penetramos en la atmósfera de Ganimedes a este tren vamos a estallar como un cohete por el frote del aparato contra el aire.

- Acórtela -repuso Bernabé-. Pero todo lo menos posible.

El bote siguió bajando como un bólido hacia el blando lecho de nubes y acortó su tremenda velocidad adquirida a lo largo de cuatro millones de kilómetros de continuo aceleramiento.

- ¡Atención, vamos a penetrar en la atmósfera! -gritó Canadá quitando la energía eléctrica de los eyectores de partículas y pasándola al casco metálico de dedona del aparato.

El bote salvavidas alcanzó las altas capas atmosféricas con la

velocidad de un meteorito. Aun siendo tan rarificado el aire de aquellas alturas, el aparato experimentó una sacudida igual a si se hubiera zambullido violentamente en un océano liquido. La temperatura derivada del frote del aparato con las partículas del aire aumentó enormemente.

Las nubes subieron al encuentro del aparato y le envolvieron por completo. En la pantalla de televisión se borró también la imagen del aparato persecutor, pero los avances de éste podía verse en la pantalla del radar. Ganaba espacio constantemente al vehículo redentor.

El capitán Canadá fue sacando la máquina de su vertiginoso picado. Todos sintieron un violento acceso de náuseas que duró un breve minuto, hasta que el aparato se lanzó en vuelo horizontal por entre las nubes cargadas de vapor de agua.

- ¡Cuidado, capitán! -recomendó Bernabé-. Los árboles de Ganimedes tienen una gran altura.

Súbitamente, las nubes se apartaron a un lado y otro. Bernabé vio a través de la neblina las masas profundamente verdes de una espesa selva. El aparato iba casi rozando las ramas más altas. El piloto, aún sabiendo que con ello daba ventaja al enemigo que venía detrás, redujo más la velocidad e inclinó el aparato para poder echar una mirada abajo en busca de un sitio donde aterrizar. A sus pies vieron deslizarse vertiginosamente un ancho calvero y, en éste, una escuadrilla de viejos platillos volantes posados en tierra junto a una rampa lanzacohetes.

La visión fue muy fugaz. El aparato dejó atrás el calvero y sobrevoló nuevamente las lujuriosas selvas. Un caudaloso río se mostró ante los ojos de Bernabé.

- Ahí mismo ¡Rápido! -gritó al capitán Canadá señalando la margen del rio.

El piloto hizo descender el aparato y, casi rozando las rojizas aguas, enfiló la verde barrera de la selva.

- ¡Agárrense!

El aparato hendió la muralla de vegetación como un proyectil y, tronchando ramas y arbustos gigantes, se deslizó sobre el suelo dando saltos y tumbos hasta que chocó contra un tronco colosal, donde se

detuvo en mitad de un espantoso crujido.

Aquellos de sus ocupantes que no iban sujetos a los sillones por los cinturones de seguridad fueron a amontonarse ruidosamente sobre el pobre capitán Canadá. Hubo un pequeño alboroto de ayes y gritos. Sobre ellos tronó la voz del capitán Pocaterra:

- ¡Pronto… a tierra!

Como en un movimiento de resaca, la ola humana retrocedió tumultuosamente hacia popa. Saltó la escotilla vigorosamente empujada desde dentro. El primero en aparecer sobre el techo del bote fue el propio Bernabé quien, dando un salto prodigioso, surcó los aires para ir a aterrizar a gran distancia del aparato. Había olvidado que en Ganimedes la fuerza de atracción era la mitad que la del planeta para el cual estaban constituidos sus músculos.

En pos del capitán, como insectos que abandonan apresuradamente un hormiguero amenazado de inundación, fueron brotando por la escotilla los hombres y mujeres de la tripulación. Bernabé se incorporó mascullando una maldición y fue a recoger su ametralladora.

Escuchóse en esto un aullido parecido al de una sirena. Bernabé alzó los ojos. Por la profunda trocha que había dejado el bote salvavidas vio el rio y un retazo de cielo gris sobre las altísimas copas de los árboles de la ribera opuesta. En su estrecho campo visual apareció de pronto un objeto alargado y negro; el aparato enemigo que venía persiguiéndoles desde media hora antes. Detrás del aparato y casi pegado a su cola vio un proyectil de forma alargada que dejaba en pos un largo penacho de llamas.

- ¡Un proyectil cohete! -exclamó alguien junto a Bernabé.

Era en efecto un proyectil cohete de los que se empleaban en la defensa antiaérea. El artefacto, como los torpedos autómatas utilizados por los buques redentores, poseía una cabeza electrónica que le conducía al objetivo. Era evidente que la bomba volante alcanzaba al aparato negro y, efectivamente, le alcanzó en la popa sobre el mismo río.

¡Booom!

Hubo una tremenda explosión y un relámpago deslumbrante. Volaron en todas direcciones como proyectiles retorcidos restos del

aparato y del mismo proyectil suicida. Unas figuras humanas voltearon en el aire como muñecos rotos y cayeron aquí y allá, unos en la verde selva y otros en el río, donde levantaron rojizos surtidores de espuma.

CAPÍTULO IV

IOWA

El Capitán Canadá, seguido de unos cuantos hombres y muchachas, llegó corriendo junto a Bernabé.

- ¿Qué ha pasado? -interrogó Canadá mirando la nube de humo que flotaba sobre el río-. ¿Qué ha sido esa explosión?

- Un proyectil cohete thorbod acaba de destruir al aparato que nos perseguía.

- ¡Cómo! ¿Quiere decir que los artilleros grises se han equivocado tumbando a sus propios amigos? ¿Cómo puede ser eso?

- No sé cómo ha podido ser, porque el aparato que nos perseguía debió avisar por radio a la guarnición de Ganimedes, pero la realidad es que nos han desembarazado muy oportunamente de nuestro enemigo. No hay tiempo que perder. Corra al bote, póngalo en marcha y salga de aquí cuanto antes. No tardarán en venir los hombres grises, siquiera para examinar los pedazos de sus enemigos.

- ¡Pero…!

- Dese prisa o será tarde. No hay tiempo para despedirnos. Le deseo un feliz viaje. Adiós.

Bernabé apretó brevemente la enguantada mano de Canadá con su diestra igualmente cubierta de vidrio y le empujó hacia el bote. El capitán hizo una mueca, llamó a los que el destino le había deparado como compañeros y echó a correr hacia el aparato. Antes de desaparecer por la escotilla saludó agitando una mano y gritó:

- ¡Hasta la vista, compañeros! ¡Regresaremos por vosotros tan pronto como podamos!

Bernabé y los que quedaban con él contestaron a los saludos de sus compañeros agitando las manos. La escotilla se cerró de golpe tras el

último astronauta, los generadores atómicos dejaron oír su sordo zumbido y el bote salvavidas se elevó verticalmente desapareciendo entre la verde techumbre de hojas.

Al extinguirse en la distancia el zumbido de los reactores atómicos los que quedaban en tierra se miraron unos a otros a través de los cristales azules de sus esféricas escafandras. La realidad del abandono en que quedaban, lejos de la Tierra amiga, rodeados de una naturaleza hostil y de feroces enemigos, penetró por primera vez en la conciencia de Bernabé Pocaterra. Fue una experiencia altamente desagradable, que quiso desterrar inmediatamente entregándose a la acción.

- El capitán Canadá llegará sano y salvo a la Tierra -dijo a sus compañeros. Y comprendiendo por el elocuente silencio de éstos que no era la suerte de los que se iban lo que les preocupaba, sino la propia añadió-: Dentro de un mes terrestre a lo sumo, estará de vuelta con algún buque para recogemos.

Nadie contestó. Bernabé adivinó tras aquel silencio una respuesta preñada de angustia: "Sí, es posible que nuestros almirantes envíen una flotilla en nuestra busca. Pero aunque fuera así, lo que no es probable ¿quién de nosotros quedará con vida después de un mes de errar por estas malditas selvas?"

- No hay que desesperar -continuó diciendo Bernabé, como respondiendo a una pregunta que nadie haba hecho-. La mejor forma de sobrevivir consiste en movernos continuamente. Vámonos de aquí. Los hombres grises no tardarán en venir.

Muy bien dijo animosamente el teniente Pedro Aznar colgando su ametralladora del hombro forrado de vidrio -. ¿Hacia dónde vamos?

Bernabé miró hacia el río. Sus ojos distraídos vieron entonces unos objetos brillantes que surcaban el espacio y se inmovilizaban aproximadamente en el mismo lugar donde hizo explosión el aparato enemigo.

- ¡Hombres grises! -exclamó pegando un salto-. ¡Rápido, escóndanse por ahí!

El grupo se dispersó en un abrir y cerrar de ojos internándose en las espesuras. Oculto tras una planta cuyo tallo tenía el grosor de una muñeca humana y que echaba flores del tamaño de una rueda de carro, Bernabé espió los movimientos del enemigo. Eran seis hombres

grises equipados de "back". El "back" en sí no era más que una especie de caja de dedona sujeta a la espalda de un hombre. Dentro de la susodicha caja habían un eyector de partículas ionizadas y un aparato receptor de energía eléctrica. El receptor absorbía la electricidad emitida por centrales generadoras situadas en algún punto dentro de un radio de 300 kilómetros o más, según su potencia, y hacía funcionar el eyector. La energía eléctrica al pasar por el metal de que estaba hecha la caja o mochila daba a ésta la propiedad de repeler la fuerza de gravedad, con lo que se obtenía una estupenda flotabilidad en el aire. El eyector empujaba el conjunto hacia adelante, y de esta forma, el hombre equipado con "back" se transformaba en un pájaro que podía alcanzar considerables alturas y volar a la velocidad de mil kilómetros por hora en cualquier dirección.

Un traje enteramente construido de cristal complementaba el equipo. La armadura encerraba herméticamente al aviador y permitía a éste volar a alturas donde la atmósfera era muy pobre en oxigeno y se adquirían mayores velocidades debido a la rarefacción del aire. Entre las paredes dobles del pecho y la espalda de la armadura estaban los depósitos de oxígeno comprimido. Los mandos iban incrustados en el cristal del antebrazo izquierdo.

Trajes como estos, provistos también de escafandra, eran los que vestían los náufragos del Veracruz, pero sin el valioso “back”. Los hombres grises inmovilizados sobre el río iban armados de ametralladoras parecidas a las de Bernabé y sus compañeros. El cristal sustituía al acero porque éste se desintegraba bajo la caricia mortal de los Rayos Zeta, mientras que el vidrio era invulnerable.

La patrulla thorbod, sin duda, había venido a examinar los restos del aparato destruido por su artillería antiaérea. Bernabé les vio mirar a todos lados, señalar río abajo y tomar aquella dirección desapareciendo de vista. Tal actitud dejó perplejo al joven, pero antes que pudiera aventurar ninguna conjetura se vio doblemente sorprendido por el seco crepitar de las ametralladoras.

La teniente Iriarte, deslizándose por entre los arbustos gigantes, llegó junto a Bernabé.

- ¿Contra quién dispara la Bestia? -preguntó-. No será contra los ocupantes del aparato que acaban de derribar, ¿verdad?

- No sería comprensible que llevaran su equivocación tan lejos. Tal vez han visto desde el aire algún grupo terrestre. Ya sabe usted que en

Ganimedes tiene la Bestia más de ochenta millones de terrícolas trabajando en las minas de dedona.

Ana asintió con un movimiento afirmativo de su escafandra de cristal. Las ametralladoras thorbod habían enmudecido. Ahora se alzó agudo y estridente el canto de otra ametralladora más rápida. Bernabé afiló el oído. Los sonidos del exterior llegaban al interior de su escafandra reproducidos por unos pequeñísimos micrófonos de dedona. El tableteo veloz y nervioso de la ametralladora se interrumpió. Volvieron a crepitar las armas automáticas thorbod. Tiraban ahora con proyectiles de carga explosiva. Bernabé podía oír el estallido de este tipo de balas.

- Parece que el tiroteo se va acercando -dijo Ana.

Se iba acercando, en efecto. Bernabé consideró lo prudente que sería alejarse de allí, pero recordando que las víctimas de los hombres grises eran terrícolas con toda probabilidad, es decir, hermanos de raza del pueblo redentor, cambió de parecer.

- Vamos a ver qué ocurre.

Salió de su escondite, hizo señas a sus emboscados compañeros y echó a andar en la dirección que venía el tableteo de las ametralladoras. Mientras se deslizaba por entre las gigantescas hojas puso un peine repleto de cartuchos con carga explosiva en la recámara de su fusil. Le regocijaba la idea de sorprender a los hombres grises con una descarga cerrada de balas atómicas.

Escuchábanse cada vez más cercanas las potentes explosiones de los proyectiles explosivos. La voz aguda y nerviosa de la ametralladora solitaria ya no se oía. El grupo de astronautas redentores avanzó sigilosamente hasta llegar a un cañaveral. El cañaveral, como toda la exuberante vegetación de aquella parte de Ganimedes, era de unas dimensiones extraordinarias. Las cañas eran gruesas como postes y altas como una casa de diez pisos. Cada hoja lanzada al agua, podría servir de piragua a un hombre. Un viento cálido, parecido al soplo de un horno, mecía estos cimbreantes bambús arrancándoles ruidosos crujidos.

Bernabé se lanzó a través de este cañaveral gigante. Al otro lado se deslizaba un riachuelo. El grupo se detuvo. Ya no se oía el tableteo de las ametralladoras.

- Me parece que ya no podemos ayudar a esos desgraciados terrícolas -murmuró el teniente Aznar-. La Bestia debe haber dado buena cuenta de ellos…

Bernabé alzó una mano reclamando silencio. Entre el gemido de los bambúes se escuchaba un medroso chapoteo. El grupo retrocedió metiéndose entre cañas. Apenas acababan de hacerlo cuando asomó por entre el cañaveral una figura.

Era una criatura humana. Vestía un traje de cristal, pero había perdido la escafandra. Por el escote de la armadura asomaba una cabeza que se volvió a derecha e izquierda con recelo. El examen pareció satisfacer al desconocido. Abandonó el cañaveral y vadeó el riachuelo con agua hasta las rodillas. Procuraba no hacer mucho ruido. Entre las manos llevaba un fusil. Fue al mirar el arma cuando descubrió Bernabé que el desconocido estaba herido. Todo el brazo izquierdo, desnudo, estaba tinto de sangre. De la manga de vidrio del traje sólo conservaba el guantelete, crispado nerviosamente sobre la empuñadura del arma.

El hombre vadeó el riachuelo y se encaminó hacia donde estaban ocultos los terrestres. Bernabé no consideró prudente dar señales de vida por si el desconocido rompía a disparar sin aguardar a identificarles. Venia hacia él. No tenía más que esperar para presentarse ante él inesperadamente.

El individuo cruzó el riachuelo, se detuvo para escuchar ladeando la cabeza y se introdujo en el cañaveral con el cañón de su arma por delante. Bernabé alargó rápidamente la mano, asió el fusil por el cañón y se lo arrebató de un tirón al tiempo que decía:

- ¡Hola, amigo!

El desconocido lanzó un grito gutural y saltó hacia atrás. Los brazos del teniente Aznar le recibieron y se cerraron sobre él. Una mano enguantada de vidrio cubrió la boca, abierta para gritar.

- ¡Cállese, idiota! -rugió el teniente luchando con el desconocido-. ¿Quiere descubrirnos a todos?

El individuo dejó de forcejear. Sus ojos, unos ojos grandes y verdes, miraban a Bernabé con espanto. El joven capitán no se explicaba el asombro ni la resistencia del terrícola, pero en estos momentos no pudo prestarle más atención. El sargento Valdivia le hacía señas hacia

adelante. Alguien se acercaba.

- ¡Silencio! -susurró Bernabé-. Denle un cachete a este estúpido si no está quieto.

El "estúpido", como si hubiera comprendido al fin, quedó rígido e inmóvil sobre el robusto pecho del teniente Aznar. Bernabé miró por entre los gigantescos bambúes. Del cañaveral de enfrente acababan de surgir tres hombres grises enfundados en sólidas armaduras de cristal y empuñando sendas ametralladoras. Uno de ellos señaló las huellas del terrícola.

- Ha pasado por aquí hace un minuto. Ya no puede estar lejos.

- Procedamos con método o no lo atraparemos nunca en esta maldita selva -dijo otro de ellos-. Vayamos uno por cada lado cerrando el cerco. Cuando tropiece con nuestros compañeros intentará huir en dirección contraria al río. Entonces caerá en nuestras manos.

Bernabé consideró que, si de todas formas había de disparar contra el thorbod que seguía las huellas del terrícola, era preferible hacerlo ahora, antes que los tres hombres grises se separaran. De manera que se echó el fusil a la cara, apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo.

Tableteó la ametralladora escupiendo un chorro de proyectiles de dedona cargados de explosivo atómico. Una bala corriente de cristal hubiera rebotado inofensivamente contra las corazas de vidrio de las Bestias, pero no así los proyectiles blindados. Estos hicieron pedazos las armaduras de cristal y a los mismos hombres grises. Pillados de sorpresa no pudieron hacer el menor movimiento en su defensa. Los tres hercúleos monstruos cayeron destrozados en mitad del riachuelo sin ver siquiera a sus enemigos.

Bernabé no empleó más de los disparos necesarios. Bajó el fusil y miró hacia el riachuelo.

- Están muertos, ¿no? -preguntó.

- ¡Cristo! -exclamó el sargento Calvo-. Los ha hecho papilla.

- Hay tres más a nuestras espaldas -dijo Bernabé -. Si no salimos ahora a darles caza, ellos nos darán caza más pronto o más tarde.

- ¿Por qué no repetimos esta emboscada? -propuso Calvo-. Los

thorbod vendrán hacia aquí atraídos por el ruido de los disparos, descubrirán los cadáveres de sus compañeros y tal vez se acerquen a examinarlos. Desde el cañaveral del otro lado… una ráfaga de ametralladora…

- Bien, vamos allá. Traigan a ese muchacho terrícola.

- No es un muchacho -aseguró la teniente Iriarte- sino una muchacha.

Bernabé volvióse sorprendido. Ana Iriarte tenía razón. El fugitivo era una mujer. La abombada coraza, los grandes ojos verdes, las largas y rizadas pestañas y las mejillas tersas y limpias de vello así lo proclamaban. Por debajo del casco de cuero que le cubría la cabeza asomaban unos cortos y alborotados rizos color de oro. El rostro de la muchacha estaba sucio de barro y lleno de arañazos sangrientos, mas así y todo se le adivinaba de una extraordinaria belleza.

- ¡Vaya! Sí que es una mujer -murmuró Bernabé -. Bueno, ya la interrogaremos más tarde. Crucemos el riachuelo y escondámonos en el cañaveral del otro lado.

El grupo abandonó la protección del espadañal y vadeó el riachuelo. Bernabé se detuvo un momento para examinar los cadáveres thorbod. Los proyectiles atómicos les habían despedazado. Sólo uno de ellos conservaba la cabeza entera y descubierta. El capitán miró con repugnancia aquellos grandes y redondos ojos bajo una frente enormemente ancha y abombada. Debajo de los ojos tenía el hombre gris su repulsiva trompetilla, y debajo de ésta su horrible boca abierta, dejando ver las filas de agudos colmillos. Las cabezas de los thorbod eran doble voluminosas que las humanas, desprovistas por completo de pelos y en forma de huevo prolongado hacia atrás. Un par de orejas, largas, rugosas y puntiagudas, completaban la horrible fealdad de aquellas criaturas.

Los náufragos del cosmos, al pasar junto a estos cadáveres destrozados, de cuyas carnes abiertas rezumaba el líquido blanco y espeso, ha-cían muecas de repugnancia apartando los ojos. Solamente los sargento Calvo y Valdivia se detuvieron un momento para recoger del barro un par de ametralladoras que parecían en buen estado. Luego siguieron a Bernabé hasta la espesura del cañaveral.

- Bueno, muchacha -dijo el capitán hacer-cándose a la fugitiva rescatada por ellos-. Creo que ya va siendo hora de decirnos quién

eres y de dónde venías cuando te encontraste con los thorbod.

La muchacha le miró fijamente, escudriñando sus facciones tras el cristal azul de la escafandra.

- Habla. ¿Eres española? -interrogó Bernabé en este idioma. Y como la mujer continuara mirándole sin responder preguntó en inglés -: ¿Eres norteamericana tal vez?

El mismo silencio. Bernabé hizo una mueca de impaciencia.

- El thorbod, al menos, sí lo hablarás dijo en el idioma de los hombres grises.

- ¡Oh! ¿También tú hablas la lengua thorbod? Exclamó la muchacha empleando el idioma de la Bestia.

- ¿Por qué no, si lo hablas tú? ¿Cómo te lla-mas?

- Iowa.

- Entonces, debes de ser norteamericana.

- ¿Norteamericana? -repitió la joven abriendo de par en par sus grandes ojos.

- Bien, puede que tu origen sea yanqui y no lo sepas. Iowa era el nombre de un antiguo estado de Norteamérica. ¿Has nacido en Ganimedes?

- ¿Ganimedes? -Repitió ella-. ¿Se llama así este mundo?

- ¿Quieres decir que no lo sabías?

La mujer no respondió. Bernabé la miró de arriba abajo frunciendo el ceño. Le chocaba la armadura de cristal de la fugitiva. Estas armaduras solían construirse a la medida, y a la muchacha le caía aquella como un guante. Además, no era de manufactura, thorbod, ni tampoco redentora. Los ojos escudriñadores del capitán Pocaterra fueron a caer sobre el abombado pecho de la coraza. Sobre el cristal había dibujado un triángulo rojo con una punta hacia abajo. Dentro de la figura geométrica había una hilera de signos que no pertenecían a ninguna escritura conocida por él. Parecía árabe, pero no era fácil que lo fuera teniendo en cuenta que el árabe era desde muchos siglos atrás

una lengua muerta.

Bernabé alargó la mano y tomó el fusil que poco antes le arrebatara a la muchacha y que ahora sostenía la sargento Icart. Examinó el arma. Esta, aunque se basaba en los mismos principios que las ametralladoras redentoras y thorbod, era de un modelo diferente. Bernabé estaba seguro de que no había sido fabricada en Redención. Sobre la recámara tenía una inscripción ininteligible.

- Escucha, jovencita -gruñó el capitán-. ¿Sabes que te encuentro encima muchas cosas raras? ¿Quién eres tú?

- Ya te he dicho mi nombre.

- ¿De dónde venías cuando tropezaste con los thorbod?

- Del cielo -aseguró la joven irguiéndose altanera y señalando hacia las nubes cargadas de lluvia-. Mi mundo no es vuestro mundo. Mi pueblo no es vuestro pueblo. Mi patria está enormemente lejos y se llama Nahum.

Bernabé dio un respingo de sorpresa. Un torbellino de ideas giraron atropelladamente en su cerebro. La joven continuaba hablando:

- Soy un oficial nahumita. Mi pueblo ha venido a esta galaxia persiguiendo al abominable hombre gris. La escuadra sideral que yo mandaba tuvo un encuentro con buques siderales thorbod en el espacio, no lejos de aquí. Mis buques aniquilaron a los buques thorbod y fueron a su vez destruidos…

De sorpresa en sorpresa, el capitán Pocaterra iba abriendo más y más los ojos mirando estupefacto a la hermosa mujer. En su mente se abría paso la realidad de lo ocurrido. ¡No eran aeronaves thorbod las que habíanse enfrentado con las redentoras!

- Mi buque fue averiado y tuvimos que abandonarlo tomando un cohete salvavidas. Vimos una máquina parecida a la nuestra que había salido de un gran acorazado en forma de pez y nos lanzamos en su persecución. Le seguimos hasta dentro de la atmósfera de este planeta, pero al llegar sobre este punto nos alcanzó un proyectil dirigido thorbod que destrozó nuestro cohete en el aire. Fuimos despedidos violentamente al espacio. Yo caí en el río, pero este traje me hizo flotar y nadé hasta la orilla más próxima. Entonces aparecieron los thorbod y empezaron a disparar contra mi con sus ametralladoras. Yo

había conservado mi fusil, pero perdí los cargadores de cartuchos explosivos y mis balines de cristal eran impotentes contra las armaduras de los hombres grises. Ellos dispararon contra mí con balas explosivas y me hirieron arrancándome la manga de cristal de este brazo. Iba huyendo por el cañaveral cuando me tropecé con vosotros… Fue una gran sorpresa para mí. Nosotros no esperábamos encontrar una hu-manidad idéntica a la nuestra en esta lejana galaxia.

Los náufragos, mudos de sorpresa, se miraban unos a otros a través de los cristales azules de sus escafandras. El relato de la joven se ajustaba demasiado a la realidad para dudar de su veracidad. La Bestia, contra lo que ellos creían poco antes, no se había equivocado al disparar aquel proyectil autómata. No eran hombres grises los tripulantes del aparato que les persiguió hasta dentro de la atmósfera de Ganimedes. Por esto los thorbod no tuvieron aviso por radio de la proximidad de los náufragos redentores y no hicieron despegar ningún platillo volante. El paso meteórico del bote salvavidas redentor debió pillarles de sorpresa. Cuando acudieron a su plataforma lanzacohetes fue para disparar un proyectil contra el segundo bote salvavidas. Y para esto, en fin, por lo que la Bestia andaba ahora buscando a los supervivientes de las dos máquinas extranjeras.

Un suceso inesperado vino a romper bruscamente el silencio que siguió el relato de la bella nahumita. Unas ametralladoras tabletearon por el lado del riachuelo. Una ráfaga de proyectiles explosivos atómicos segó el cañaveral como una gigantesca guadaña, derribando colosales bambúes, haciendo saltar por todas partes astillas de madera y promoviendo un estrépito infernal. En mitad de una nube de humo, Bernabé vio caer al sargento Calvo aplastado por una de aquellas cañas gigantes. Más cerca, la armadura de vidrio del sargento Valdivia saltó en pedazos que volaron a través de una cegadora llamarada verde azulada.

CAPÍTULO V

VENIMOS A DESTRUIR EL MUNDO

El capitán Pocaterra se vio en el suelo, sobre la joven extranjera. Uno de aquellos colosales bambúes cayó sobre sus espaldas incrustándose en el mullido lecho de hojas putrefactas que tapizaban el terreno. Durante quince segundos, los proyectiles explosivos continuaron desencadenando un huracán aterrador sobre el cañaveral. De repente todo quedó en silencio.

Debajo de Bernabé, la muchacha había quedado inmóvil, con el rostro hundido en la podredumbre de hojas. El capitán se escurrió bajo el tronco. Este, por fortuna, estaba hueco y pesaba poco en un mundo donde la fuerza de gravedad era la mitad de la que actuaba sobre todos los cuerpos situados sobre la superficie de la Tierra.

Levantando la cabeza con precaución, el capitán vio por entre algunos bambúes que habían quedado en pie el cañaveral del otro lado del riachuelo. Tres hombres grises acababan de salir de la espesura mirando a derecha e izquierda con recelo. Bernabé maldijo de su imprevisión. La Bestia, siempre desconfiada, había barrido el cañaveral de enfrente antes de aventurarse a salir.

Bernabé vio avanzar a las bestias hacia el riachuelo e inclinarse sobre los cadáveres de sus compañeros.

¡Malditos bicharracos! Refunfuñó tirando de su fusil.

Díez metros más allá, dos ametralladoras crepitaron sembrando el cauce del río de cegadoras explosiones. Entre grandes surtidores de agua y barro, los tres thorbod cayeron despedazados sobre los cuerpos de sus compañeros.

Las ametralladoras terminaron su labor destructora antes que Bernabé pudiera tomar parte. Las sargentos Mercedes Carrillo y Carmen Vilar se incorporaron empuñando todavía sus fusiles humeantes. Tras ellos, los supervivientes fueron levantándose aquí y allá. El capitán Pocaterra asió de los tobillos a la extranjera y tiró de ella hasta sacarla de debajo dei tronco. La que decía llamarse Iowa abrió los ojos y escupió haciendo muecas el estiércol de sus labios.

- ¿Qué ha pasado? - Preguntó.

Nada. Los hombres grises barrieron estas espesuras aún Sin saber que nosotros estábamos aquí. Fueron muy precavidos, y aun así pecaron de incautos porque los hemos matado.

El teniente Antonio Costa, segundo oficial de motores del acorazado Veracruz, vino hacia Bernabé. No era posible verle bien la cara tras e cristal azul de la escafandra, pero algo en su actitud avisó al capitán una desgracia.

- ¿Qué ocurre?

El pobre Valdivia...; un proyectil thorbod le arrancó las dos piernas de cuajo... se desangra a chorros...

Bernabé corrió hacia el grupo que rodeaba al herido. Valdivia yacía en el suelo con la cabeza sobre las rodillas de la teniente Iriarte. Le habían despojado de la escafandra y el rostro del joven aparecía cubierto de mortal palidez. Una de las gigantescas hojas arrancadas por las explosiones cubría la parte inferior del tronco del muchacho. Bernabé levantó un extremo de esta hoja, echó una mirada debajo y la volvió a dejar caer sintiendo un acceso de náuseas.

El teniente Aznar llevó a Bernabé a alguna distancia.

- No tiene salvación aseguró -. Lo único que

podemos hacer por él es administrarle una buena dosis de morfina.

Désela... ¿hay algún otro herido?

- Vilar con un brazo roto. Le cayó un tronco encima.

- Cúrela. Y cure también a esta chica... a Iowa. El teniente deshizo uno de los paquetes donde llevaban algunos comprimidos y útiles de botiquín. Inyectó a Valdivia una buena dosis de morfina y luego atendió a la sargento Vilar y a Iowa. Bernabé, entre tanto, daba vueltas en torno cañaveral auscultando los mil ruidos de la selva. El teniente Costa y la sargento Luisa Castillo habianse puesto a cavar una fosa sirviéndose de unas astillas de madera. Bernabé no osó interrumpir su macabro trabajo, aun constándole que no podían perder tiempo en este peligroso lugar. Tal vez, dentro de poco, abrieran un agujero igual para él. Y él agradecería esta póstuma atención de sus compañeros.

- Por primera vez miró a su alrededor con curiosidad. Aunque jamás estuvo antes de ahora en Ganimedes estaba ampliamente documentado sobre él. Era el mayor de los satélites de Júpiter, alrededor del cual giraba Ganimedes en siete días terrestres aproximadamente. También eran siete los días que el satélite invertía en dar una vuelta completa sobre su propio eje, de forma que, al igual que la Luna, presentaba siempre a Júpiter la misma cara.

- Júpiter, colosal disco de fuego, brillaba eternamente sobre el cielo de esta parte de Ganimedes donde habían ido a aterrizar los náufragos del Veracruz. El verdadero Sol, distante 750 millones de kilómetros,

no ejercía gran influencia sobre las lujuriosas selvas y los fértiles campos de Ganimedes, aun cuando fuera el único Sol, el verdadero, el mismo que tenía prisionero a Júpiter y a todas sus lunas y les obligaba a girar en torno suyo.

Un mundo tan extraño, calentado por dos estufas, una de ellas, Júpiter, próxima pero no demasiado caliente, y otra, el Sol, ardiente y lejana, no podía ser y no era otra cosa que una isla tropical en el espacio. Aquí, en una atmósfera de invernadero, prosperaba una policroma vegetación que hacía parecer mezquinas las selvas vírgenes de las regiones tropicales de planeta Tierra.

Alrededor del capitán Pocaterra, los troncos gigantescos se elevaban a gran altura hundiendo sus frondas en las nubes cargadas de lluvia que velaban siempre el firmamento. Las ramas extendíanse también varios centenares de metros agitando sus enormes hojas. Cada árbol era un bosque por sí solo, y entre estos crecían extrañas plantas, cuyos frutos tenían el tamaño de un hombre. Aquí y allá, sobre los tallos del grosor de una pierna humana, se abrían exóticas y bellísimas flores de las dimensiones de ruedas de carro. Todas las plantas que hubiera podido producir un invernadero con una temperatura siempre elevada, pero no tórrida, se daban con magnificencia sin igual en este hemisferio de Ganimedes, calentado por el colosal disco de Júpiter, visible en el cielo de Ganimedes con un diámetro 220 veces mayor que el disco del Sol que los habitantes de la Tierra veían sobre ellos.

El otro hemisferio de Ganimedes, iluminado y calentado únicamente por el lejano Sol, sólo albergaba una región semejante a los campos polares terrestres con una fauna escasa, que se esforzaba por vivir con los escasos dones de un Sol que sólo les mandaba la vigesimoquinta parte de la luz y el calor que enviaba a la Tierra.

Iowa, con un brazo vendado, se acercó al capitán. Debía haberse limpiado la cara en el riachuelo, pues sus mejillas aparecían frescas y sonrosadas por los enérgicos restregones. Habíase quitado el casco de cuero, y un cabello dorado, cortado a lo paje, daba mayor belleza a este rostro de niña grande. También ella pareció fijarse por primera vez en las exuberancias vegetales que le rodeaban.

- ¡Qué flores tan grandes y hermosas! - exclamó.

- Sí. En Ganimedes todo es grande, pero no igualmente hermoso que las flores. Espere usted a ver su fauna y ya me dará su parecer. La escasa fuerza de gravedad y la cálida temperatura de este mundo, que

ha permitido crecer a las plantas hasta adquirir el tamaño extraordinario que usted les ve, han dejado crecer también a las fieras en forma desmesurada… Mire usted aquel insecto.

Bernabé señaló a una especie de libélula gigante que zumbaba moviendo sus enormes alas por entre los árboles.

- ¿A qué especie pertenece?

- Es un mosquito. Su picadura viene a ser como una puñalada, y la ponzoña que deja en la herida bastaría, no ya para matarla a usted, sino para tumbar a un buey.

Instintivamente, Bernabé había pasado a tratar a la joven de usted. Desde luego, no era lo mismo hablar a una ignorante terrícola que a una criatura extraterrestre, venida no se sabía de donde, portando una cultura y una técnica que igualaba a la redentora. Ella, en cambio, siguió tuteándole como a un inferior.

- ¿Eres aborigen de este planeta? - le preguntó.

Bernabé vaciló. Se preguntaba hasta qué punto debería ser sincero con Iowa y si sería prudente sacarla del error en que estaba diciéndole que los buques siderales que habían luchado con los nahumitas no eran thorbod, sino redentores. En la duda optó por ser cauto y esperar a conocer mejor las intenciones que traía este pueblo desconocido.

- No - dijo -. No soy de aquí. Mi patria queda seiscientos millones de kilómetros más cerca del rey Sol de esta galaxia. Yo y mis compañeros somos deportados de la Bestia Gris.

- Naturalmente, el thorbod domina en todos los planetas de esta galaxia, ¿verdad?

- Sí… - murmuró Bernabé sin atreverse a aclarar que la Tierra había sido ya liberada por el ejército redentor -. Hace dos milenios que arrolló a los ejércitos aliados de la Tierra y Venus y esclavizó a la humanidad. Desde entonces nos tortura como usted no puede ni imaginar.

- Puedo imaginármelo sin gran esfuerzo -aseguró la joven -. También mi pueblo sufrió los rigores de la dominación thorbod.

- Ya me figuré que usted conocía a la Bestia oyéndola hablar con

tanta corrección su endiablado idioma - dijo Bernabé.

- Somos conocidos de antiguo. La galaxia donde la Bestia nació estaba relativamente cerca de la nuestra. La primera vez que les vimos nos parecieron dioses bajados del cielo con sus extraños aparatos voladores. No les costó mucho trabajo apoderarse de Nahum y de todos los planetas vecinos, pero con el tiempo fuimos saliendo de nuestra ignorancia y comprendimos que el thorbod no era ninguna criatura celestial. La forma cruel en que trató a mis antepasados le hizo acreedor del más profundo aborrecimiento de los humanos. No eran los hombres grises un pueblo muy numeroso por entonces. Tanto habían abarcado que sólo mantenían una pequeña guarnición en cada uno de los muchos mundos conquistados. La raza nahumita se sublevó contra ellos pasándolos a cuchillo.

- ¿Y recobraron los nahumitas la libertad?- preguntó Bernabé.

- No. Volvió la Bestia tomando en las rebeldes terribles represalias, pero la llama de la liberación había prendido ya en los corazones humanos y estaba llamada a no extinguirse jamás. Nuestro espíritu de independencia se hizo más fuerte cada día y contagió a los nativos de los otros planetas hermanos. Los desórdenes se extendieron de un extremo a otro de nuestra galaxia. El hombre gris caía asesinado sobre nuestro suelo. Tantos murieron de esta manera violenta que los thorbod decidieron marcharse por una temporada… Ya sabrá usted que esa criatura necesita mucho tiempo para crecer, desarrollarse y dar descendencia. Se proponían sin duda dedicarse a una fecunda procreación llamada a poblar con hombres grises todos los mundos del Universo.

- ¿Y volvieron?

- Sí, volvieron. Pero para entonces ya no eran los nahumitas aquellos seres ignorantes que les atribuyeron la personalidad de seres divinos. El thorbod nos había enseñado mucho de su ciencia, tal vez porque confiaba hacer de la humanidad un pueblo satélite del suyo y la seguridad de que la Bestia regresaría más fuerte y cruel estimuló nuestro ingenio… El thorbod volvió antes de lo que esperábamos, pero también mucho antes de lo que a él le convenía. Al saber que nos preparábamos para recibirle adecuadamente no quiso esperar más y se lanzó al ataque. Consiguió algunas victorias iniciales sobre el ejército nahumita, pero no pudo explotarlas por su falta de soldados. Los nahumitas tomaron una táctica que disgustó mucho a la Bestia. Mis antepasados atacaban siempre allí donde el enemigo era más débil y

se retiraban antes que llegaran refuerzos… Hubo un forcejeo muchos años. La Bestia se desangraba en aquella lucha esporádica y nosotros éramos de día en día más fuertes y numerosos. Finalmente, el thorbod empezó a tambalearse primero. Les dimos un vigoroso empujón, les arrollamos y les perseguimos hasta sus mismos planetas.

- ¿Se rindieron entonces? - preguntó Bernabé.

- Nada de eso. Al verse acorralados, los hombres grises pusieron en juego las peligrosas armas que hasta entonces se abstuvo de utilizar. Bombardeó nuestros planetas con gigantescos proyectiles atómicos que, envenenando las atmósferas de radioactividad, sumieron aquellos mundos en la desolación y la ruina.

- No se salvaría nadie - murmuró Bernabé impresionado.

- Nadie, excepto el ejército nahumita que operaba en la galaxia del enemigo. El ejército nahumita, al saber el desastre, lanzó contra los planetas de la Bestia otras bombas semejantes…

- ¡Qué horror! - exclamó Bernabé. ¿Cómo pudieron ser tan locos unos y otros? ¡Matar sus propios planetas!

- ¿Qué otra cosa podían hacer los nahumitas al ver sus mundos en ruinas? - farfulló Iowa rencorosamente -. La Bestia sabía perfectamente que a una destrucción de nuestros planetas seguiría el aniquilamiento de los suyos. Y, sin embargo, lanzaron la primera pedrada. Lo hicieron, claro está, porque tenían otra parte donde ir. Su innata inquietud, la misma que les trajo a nuestra galaxia, habíales hecho grandes exploradores del Universo. Y estas largas excursiones en las que invertían decenas de años les había llevado a descubrir otra galaxia susceptible de ser habitada.

- ¿La nuestra tal vez? - preguntó Bernabé.

- Esta, sí.

- ¿También la conocían los nahumitas?

No. Los nahumitas suponían solamente que un pequeño grupo de supervivientes thorbod había emprendido la ruta del exilio en busca de una nueva patria.

- ¿Y qué hicieron los supervivientes nahumitas? - preguntó el

capitán Pocaterra -. ¿Emprendieron a su vez el éxodo?

No. Los supervivientes nahumitas se refugiaron en un pequeño satélite cubierto de hielo y esperaron allí durante siglos, arrastrando una existencia desesperada, a que la radioactividad de sus planetas fuera desapareciendo. Cuando finalmente pudieron volver a pisar el suelo patrio se enfrentaron con una tarea gigantesca. Imagine usted los sobrehumanos esfuerzos que habrá hecho mí pueblo para repoblar aquellos mundos y rehacerlo todo de nuevo.

- Sería verdaderamente horrible…- murmuró Bernabé.

- No hay palabras pera describirlo. Afortunadamente todo pertenece al pasado, pero el pueblo nahumita no lo ha olvidado. En cuanto nos fue posible y contamos con fuerzas suficientes emprendimos la exploración del Cosmos en busca de los causantes de nuestra ruina. Los hemos encontrado al fin cómodamente aposentados en esta pequeña galaxia.

- ¿Y qué se proponen hacer ahora?- preguntó Bernabé intranquilo.

- Venimos a destruir este mundo - aseguró

Iowa fríamente, con un acento implacable que hizo palidecer al capitán Pocaterra.

- ¡A destruir el mundo! - repitió Bernabé horrorizado -. ¿Pero se han vuelto locos? Ustedes no pueden hundir estos planetas, solamente porque vivan en ellos los thorbod!

- ¡Ya lo creo que podemos! - rió la joven con una risa que erizó los cabellos del capitán redentor.

Pero… ¡eso es injusto… criminal… ínhumano! - balcuceó Bemabé -. ¡Los thorbod no son los únicos habitantes en este mundo! ¡Aquí viven también millones y millones de terrestres… de venusianos… seres como usted, de la misma naturaleza que usted… con un alma y un espíritu creado por Dios!

- ¡Bah! ¿Y qué nos importa a nosotros esa gente? - repuso Iowa con desprecio -. La raza thorbod será aniquilada. No podemos volvernos atrás solamente porque la destrucción de esas Bestias implique a la vez la destrucción de unos cuantos millones de hombres que no han sabido sacudirse su yugo. Si por lástima a los indígenas dejáramos en paz a los thorbod, los thorbod acabarían por devorarnos a nosotros. Ellos no nos perdonan que les obligáramos a dejar su patria, sienten una insaciable sed de poder, conocen el camino de nuestra galaxia y nos han sorprendido con un poder sideral que no esperábamos. Constituyen una amenaza que hemos de eliminar inmediatamente, antes que sea demasiado tarde.

Olvidado de sus propósitos cautelosos, el capitán Pocaterra abrió la boca para decir a Iowa que aquel extraordinario poderlo sideral no era en realidad thorbod, sino redentor; es decir, de los indígenas de esta galaxia condenada al aniquilamiento. Pero la llegada del teniente Calvo le interrumpió.

- Capitán: el sargento Armando Valdivia acaba de expirar.

- Bernabé Pocaterra miró en silencio a Iowa. Luego echó a andar hacia donde estaba su gente.

Los náufragos se adentraron en la selva dejando atrás la humilde tumba del sargento Valdivia. El capitán consideraba como muy peligroso entretenerse junto a un riachuelo, no lejos de la base thorbod, y por otra parte le urgía comunicar a sus compañeros el resultado de su conversación con la bella nahumita.

Una eterna noche verde reinaba bajo la cúpula de movibles hojas, a través de la cual se filtraba difícilmente la luz. Una atmósfera húmeda, cargada de ácido carbónico y de humedad, les envolvía con su fetidez de materias orgánicas en descomposición. La espesa capa de mantillo que cubría el suelo rezumaba agua allí donde ponían los pies.

Los astronautas se armaron de bastones para rechazar los ataques de los mosquitos. Éstos eran impotentes contra las armaduras y las escafandras de cristal de los redentores, pero revoloteaban en torno a la descubierta cabeza de Iowa como atraídos por el olor de la sangre que manchaba el brazo vendado de la joven nahumita. De vez en cuando, una especie de ardillas gigantes saltaban ante los pies de los terrestres para desaparecer medrosamente entre matorrales. Mariposas de alas multicolores, que medían a veces tres metros de envergadura, danzaban sobre flores tan grandes como paraguas.

Pero las bellas mariposas estaban en notoria minoría respecto a las horripilantes bestias. Repulsivas sanguijuelas del tamaño de boas se arrastraban por el suelo. Escarabajos como tortugas iban y venían en un ajetreo sin objeto. Hormigas rojas, grandes como perros y voraces como tigres, se afanaban construyendo hormigueros como casas. De tronco en tronco tejían monstruosas telas unas arañas hinchadas de sangre, cuyos ojillos siniestros seguían el paso de las criaturas humanas con maligna curiosidad.

Durante una hora, el grupo de astronautas anduvo rápidamente a través de esta jungla infernal, donde el Hombre era la más débil e ignorante de las criaturas. La rapidez de la marcha y la necesidad de estar constantemente alerta mantuvo las bocas cerradas. Al detenerse para descansar Bernabé reunió a sus hombres y les habló en lengua redentora. El conocimiento de las intenciones que guiaban al pueblo nahumita horrorizó a los jóvenes astronautas como antes horrorizara al capitán.

- ¿De manera que esa gente ha venido con el exclusivo propósito de destruir el mundo? - murmuró el teniente Aznar.

- Eso dijo Iowa. Y, desde luego, no bromeaba.

- ¿Y por qué no le ha dicho usted que nuestro Ejército está luchando ya contra la Bestia y ha liberado a la Tierra? Manteniendo el equívoco y dejándoles creer que nuestra flotilla era thorbod sólo contribuiremos a que la Armada Nahumita continúe atacando nuestros buques siderales.

- Estuve a punto de decírselo, pero me alegro de no haberlo hecho. Aunque sacáramos a Iowa de su error, ella no cuenta por ahora con medios para comunicar la noticia a sus almirantes. Además; no es probable que esto nos favoreciera. Si los nahumitas supieran que la

Bestia está prácticamente indefensa ante ellos, no aguardarían a informarse sobre su potencia y se lanzarían contra nuestros planetas haciéndolos pedazos.

- Nuestra flota les impedirá torpedear la Tierra - apuntó el teniente Costa.

- Es posible. Nuestra Flota salvarla a la Tierra siempre y cuando la Armada Nahumita no sea más numerosa que la nuestra, cosa que ignoramos, pero Venus y Marte serían aniquilados. Ahora bien; ¿nos interesa que esos dos planetas perezcan? No. Aun prescindiendo del hecho que esos mundos son indispensables para el desenvolvimiento del futuro de la Humanidad, el más elemental sentimiento de misericordia nos llevaría a defenderlos. Allí viven con la Bestia Gris miles de millones de seres humanos que son hermanos nuestros. ¿Podemos permitir a estos nahumitas que, para dar satisfacción a su odio, aniquilen a esos planetas junto con los seres humanos que en ellos viven?

- ¡Vive Dios, No! - exclamó el teniente Aznar -. iEstaría bueno que les dejáramos hacer lo que nosotros nos hemos privado de hacer hasta ahora! También nosotros queremos expulsar a la Bestia, pero a nuestro modo, sin destruir un solo planeta.

Exáctamente - dijo Bernabé -. Nosotros estamos llevando esta guerra a nuestra manera. Si todavía no hemos invadido Marte y Venus es por dar a la Bestia tiempo para reflexionar. El Hombre gris está perdiendo, y él lo sabe. Pero si le acorralamos cerrándole todas las salidas se suicidará. Se suicidará en masa haciendo estallar las atmósferas y los mares de los planetas que todavía ocupa, y no sólo arrastrará consigo a la hecatombe de la Humanidad, sino que matará a esos mundos de tal forma que jamás puedan ser habitados por el hombre. Una victoria a ese precio no nos interesa. El thorbod lo sabe y explota nuestra debilidad aguantándose en Venus, en Marte y en Ganimedes seguro de que no vamos a torpedear estos mundos… Pero con la llegada de estos nahumitas sedientos de venganza se vienen al suelo todos nuestros planes. Ya no es posible negociar una paz con los thorbod permitiéndoles que se marchen con sus grandes aeronaves a cambio de abandonar por completo nuestros mundos. Si el hombre gris no se ha fiado hasta ahora de nuestras promesas mucho menos se fiará de las promesas de los nahumitas. Es inútil hacerles salir de sus planetas, y éstos no pueden rescatarse de otra manera que en forma de mundos muertos para la eternidad. Nadie puede salvar a la Bestia, nadie puede salvar estos mundos… excepto nosotros.

- ¡Bonita situación - exclamó, el teniente Costa.- Nosotros, los redentores, tenemos que luchar contra los enemigos de nuestros enemigos. tenemos que defender precisamente a los que queremos destruir. ¿No es eso?

- Creo que esa es exactamente la situación. No Podemos permitir que estos malditos nahumitas se venguen de la Bestia, en nuestros hermanos de raza y en nuestros mundos, todo a la vez.

Desde luego, no pueden sacar a los hombres de Venus y de Marte para cortarles el cuello uno a uno. Por lo tanto desintegrarían las atmósferas y los mares de estos planetas. Esto es precisamente lo que nosotros queremos evitar, y la única forma de evitarlo es luchar contra los nahumitas.

- A menos que estos se avengan a razones y deleguen en nosotros la ejecución de su venganza - apuntó la teniente Ana Iriarte.

- No lo harán.

- ¿Por qué no?

- Porque si lo hicieran perderían una estupenda ocasión de deshacerse para siempre de la Bestia. Los hombres grises están actualmente acorralados en dos planetas y un satélite. Es muy probable que jamás vuelva a, presentárseles tan magnífica ocasión. Total, torpedear tres mundos y se acabó. Además, hay otra cosa. Los nahumitas temen el poderío de los thorbod juzgándole una amenaza para su seguridad la existencia de unas fuerzas siderales tan potentes como las suyas. Esas fuerzas no son en realidad thorbod, sino nuestras. Pero ¿cómo acogerán los nahumitas la realidad de nuestro tremendo poderío? Tal vez nos consideren también una amenaza para su seguridad. Tal vez nos cataloguen en la lista de sus enemigos, y en ese caso, tal vez ni siquiera la Tierra, con estar dominada por una humanidad hermana a la suya, se salve del total aniquilamiento.

- O sea que, de una forma u otra, la guerra entre los nahumitas y nosotros es inevitable - murmuró la sargento Icart.

- Si no renuncian a vengarse de los thorbod es inevitable. Y no renunciarán - dijo el capitán Pocaterra con convicción.

CAPÍTULO VI

EN LA BOCA DEL LEON

Un denso silencio siguió a las proféticas palabras del capitán Bernabé Pocaterra. En esta quietud, los mil murmullos de la selva, el deslizarse de las alimañas entre las espesuras, el lejano rugido de una fiera, el canto de las aves exóticas, el grito de los monos gigantes y el incansable rumor de las hojas movidas por el viento, se agigantaron como si fueran a tragarse al pequeño grupo de astronautas. Todos los ojos se volvieron para mirar a Iowa, no ya como a una pobre muchacha digna de compasión ni como a una representante de otro pueblo merecedor de respeto y simpatía, sino tomo a un desagradable y peligroso enemigo.

- El teniente Antonio Calvo rompió el silencio al preguntar:

- Bueno, ¿y qué debemos hacer ahora? Si estos brutos van a torpedear a Ganimedes preferiría hallarme a bordo de un buque de nuestra Flota cuando esto ocurra.

- No permaneceremos mucho tiempo aquí - aseguró Bernabé -. Desde luego, no podemos esperar la problemática vuelta del capitán Canadá y de una flotilla para salir de este infierno. Urge llevar parte al Almirantazgo de cuanto ocurre para que tome sus medidas con tiempo.

- Salir de aquí, bien - refunfuñó Calvo -, ¿pero cómo?

- Sólo sé de un medio - repuso Bernabé zumbón -. Volando.

Los astronautas se miraron unos a otros.

- Bueno - dijo el sargento Castillo alegremente como si propusiera una excursión -. ¿a qué esperamos? sabemos dónde hay algunos prehistóricos platillos volantes.

Los astronautas recogieron sus paquetes del suelo.

- Un momento - dijo Bernabé -. Falta ponernos de acuerdo respecto a Iowa.

- Nos la llevaremos con nosotros - dijo Aznar -. Su información sobre la Armada nahumita nos será muy valiosa.

- Desde luego - repuso el capitán -. La llevaremos con nosotros, pero haciéndole creer que nosotros "vamos con ella». Nadie sabe lo que puede pasar, y por lo tanto será mejor creer que somos unos pobres e ignora fugitivos de las minas de thorbod. Ella orgullosa de su estirpe y con poca admiración que simulemos volcará sobre nosotros el saco de sus confidencias. Vayan apuntándose en la memoria todo cuanto diga sobre su pueblo y su ejército.

Bernabé se volvió hacia Iowa que había estado escuchando con repetidas muestras de impaciencia y disgusto.

- ¿Terminó al fin la conferencia? - preguntó con acento irritado -. ¿Qué les decías a tus amigos?.

- Les repetía lo que usted me contó hace una hora. Mis amigos y yo estamos de acuerdo en que nos gustaría salir de Ganimedes antes que la Armada nahumita aniquilara este mundo.

- ¿Tenéis algún avión para escapar? - preguntó Iowa rápidamente.

- No, pero intentaremos apoderarnos de él si usted quiere. Nosotros no sabemos guiar un platillo volante, pero eso no debe tener muchas dificultades para usted, ¿verdad?

- Naturalmente que no.

Pues bien, la proposición de mis camaradas es ésta: si usted nos promete llevarnos consigo hasta donde están los nahumitas, nosotros haremos todo lo posible por apoderarnos de un platillo volante. Pero una vez reunidos con los nahumitas nos dejarán en libertad… quiero decir, que no nos esclavizarán y tendremos todas las consideraciones de un nahumita auténtico.

- Si vosotros me facilitáis los medios para reincorporarme a los míos, os garantizo que nadie os esclavizará ni molestará.

- De acuerdo entonces - dijo Bernabé alegremente -. Vamos en busca de ese platillo volante.

- Espera - dijo Iowa. Y como todos se volvieran a mirarla añadió -: todo eso está muy bien, pero yo seré a partir de ahora quien dé las órdenes.

- Muy bien, señorita. Usted manda.

- Y mientras yo esté presente hablaréis siempre en lengua thorbod. No me gusta oír charlar sin entender una palabra.

Como usted diga, señorita Iowa -asintió Bernabé.

- Pues en marcha.

El grupo se puso nuevamente en camino. Bernabé Pocaterra, desde luego, no conocía otra base thorbod que aquella fugazmente entrevistada desde el aire momentos antes de aterrizar vio-lentamente en Ganimedes. Su propósito era dar un amplio rodeo que les llevara otra vez al río unos kilómetros más arriba, vadearlo y deslizarse hasta el claro de la selva donde los thorbod tenían algunos viejos platillos volantes y una batería lanza cohetes.

Dentro de sus trajes de cristal, los astronau-tas sudaban copiosamente. Los cristales azules de sus escafandras, que en pleno vacío cósmico cumplían la doble misión de amortiguar los rayos ultravioleta y la cegadora luminosidad del Sol, contribuían a oscurecer la visión a través de la eterna noche verde de la jungla. Pero era preferible sudar y ver con dificultad a mostrarse sin corazas ante las fieras y alimañas que poblaban aquel tórrido infierno.

Tenían que luchar a la vez contra la lujuriosa vegetación que les cerraba el paso, el ataque de las hormigas gigantes y los obstinados asaltos de los mosquitos. Iowa, por haber perdido la escafandra y un brazo de cristal, era naturalmente quien sufría con más rigor toda esta serie de incomodidades. Iowa, finalmente, se detuvo y habló a Bernabé:

¡Quiero cambiar mi traje con el de una de estas mujeres!.

Tras el cristal azul de su escafandra, el capitán Pocaterra hizo una violenta mueca de desagrado. Iowa, por lo visto, consideraba muy justo que otra mujer le cediera su traje completo evitándole molestias y riesgos

- ¿Pero qué se habrá creído esta estúpida? - gruñó la sargento Carmen Vilar -. Nos considera sin duda como seres de condición muy inferior a la suya.

- Démosle lo que pida - dijo Ana Iriarte -. Cuanto más por debajo de ella nos conceptúe tanto más franca e indiscreta será con nosotros.

- ¿Qué habláis ahora? - grito Iowa colérica -. ¡Os dije que no volvierais a hablar en vuestra lengua!

Perdone - dijo Bernabé -; Es la tuerza de la costumbre. Mis camaradas están dispuestas a cambiar de traje con usted.

- Creo que el de esta chica me sentará bien

- dijo Iowa apuntando con el dedo a la teniente Iriarte.

Ana dejó la ametralladora en el suelo y se despojó de su vítrea armadura sin rechistar. Iowa quitóse también su coraza mostrándose a los redentores vestida con una ceñida malla de escamas verdes que acusaba todos los armónicos relieves de su bien proporcionado cuerpo.

Iowa y Ana venían a ser de idéntica corpulencia y estatura. Efectuando el cambio de trajes, a grupo reanudó la marcha.

El capitán y la nahumita iban delante. Bernabé excusándose en el interés que sentía hacia e pueblo nahumita y las que pronto iban a ser sus condiciones de vida entre éste, trataba de inquirir -datos sobre la Armada expedicionaria.

Según lowa la Armada de Nahum que llegada al Reino del Sol para aniquilar a la Bestia estaba integrada por cuarenta grandes aeronaves, cada una de las cuales se desdoblaba en dos ciudades y un colosal disco volador. En cada ciudad vivía medio millón de nahumitas, y en cada uno de los discos volantes o buques portanaves se alojaban 25.000 aparatos de combate como los que habían librado una batalla a muerte contra la flotilla mandada por el capitán Pocaterra. En total, un millón de aeronaves, ochenta ciudades defendidas, cuarenta discos que servían como buques de desembarco y cuarenta millones de nahumitas.

Estos datos tranquilizaron en parte a Bernabé. La Flota redentora doblaba en fuerzas a la de Nahum. Para viajar durante 30 años a través del espacio desde el lejano Redención a la Tierra, los redentores habían utilizado su formidable autoplaneta Valera. Este autoplaneta era un planetillo auténtico al que los audaces descendientes terrícolas habían dotado de ultrapotentes motores para impulsarlo a velocidades astronómicas por el Cosmos. Valera era un globo de dedona pura. En su interior hueco existía un sol, una atmósfera y lagos artificiales. Los

redentores habían poblado las entrañas de este planeta con ricos bosques y populosas urbes donde vivían más de 80 millones de seres humanos. Dos millones de destructores, cruceros y acorazados SIderales constituían la dotación de este gigantesco portaviones. El propio autoplaneta era una fortaleza inexpugnable gracias a su envoltura de dedona, a sus baterías de rayos Zeta y a sus millones de torpedos automáticos. Aunque el enemigo bombardeara la superficie del Valera y arrasara todas sus defensas, cosa muy problemática, nada podría contra el globo de durísima dedona. Dentro de la esfera hueca, los 80 millones de redentores estaban a salvo de cualquier ataque.

La ventaja de la Flota redentora no era tan grande sobre la de Nahum si se tenía en cuenta que los nahumitas querían torpedear los planetas del Reino del Sol. En una batalla sideral, la Flota redentora no podía alinear sus dos millones de buques. Por lo menos dos terceras partes del efectivo total tendrían que ser dedicadas a la custodia de los planetas para impedir que un sólo buque nahumita se acercara y disparara el torpedo fatal que, actuando a manera de detonador sobre la atmósferas de Venus, de Marte y tal vez de la misma Tierra, provocaría la reacción en cadena que pondría fin a la vida sobre estos mundos.

La Armada de Nahum, con no ser tan numerosa como el capitán Pocaterra temía, era todavía demasiado fuerte para la seguridad del mundo. A Bernabé le hubiera gustado hacer por lo menos un centenar de preguntas de carácter técnico, pero esto era imposible sin descubrirse a Iowa como un oficial de la Flota redentora, bastante más culto e inteligente de lo que estaba procurando aparentar.

Los astronautas llevaban otra hora andando en una dirección que el capitán calculaba paralela a gran río cuando el suelo comenzó a trepidar bajo sus pies. Creyeron en un principio que se trataba de un terremoto, pero una serie de lejano rugidos les dio la verdadera causa de aquel temblor de tierra. Poco después desembocaban en un calvero, donde la selva había ardido en una considerable extensión. En esta especie de palestra natural, dos gigantescos monstruos luchaban como demonios haciendo estremecer el aire con sus rugidos.

Las bestias antediluvianas de la Tierra resulta-ban miserables bestezuelas junto a estas moles de carne. Allá en la Tierra, el tamaño de los grandes dinosaurios estaba supeditado a la fuerza de gravedad del mundo en que vivían. Aquí en Ganimedes, donde la fuerza de gravedad era la mitad de la terrestre y se daban clima y ambiente propicio para el desarrollo dé estas bestias, alcanzaban proporciones

realmente extraordinarias.

Los dos monstruos que combatían en el calvero no tenían congéneres en la Tierra de los primeros tiempos, pero podía decirse que uno de ellos se parecía á un Megaterio, mientras el otro era una especie de Gilptodon protegido por una formida-ble coraza caliza. Los astronautas apresuráronse a perderlos de vista, andando rápidamente hasta que dejó de oírse el fragor de la pelea. Poco después, casi sin darse cuenta, topaban con una altísima empalizada de robustos troncos.

- ¿Es aquí donde están esos platillos volantes que os proponéis asaltar? - preguntó Iowa.

- No - repuso Bernabé -. Pero puede que los haya aquí también sin ir más lejos. Con su permiso voy a ver si encuentro un resquicio por donde echar una ojeada.

Bernabé y el teniente Costa se aproximaron cautelosamente a la empalizada y buscaron una abertura sin poderla hallar. Las plantas trepadoras, escalando el muro de troncos, habían rellenado todos los huecos cercanos al suelo.

- Contornearemos la empalizada hasta dar con alguna puerta - dijo el capitán regresando junto a iowa -. Desde aquí no se ve nada.

Reanudaron la marcha siguiendo el perímetro de la empalizada. Esta extendíase durante muchos kilómetros sin la menor interrupción, lo que con-tribuyó, a convencer al capitán que se trataba de una mina de dedona. Mientras caminaban peno-samente a través de la selva, procurando mantenerse algo lejos de la empalizada por si algún centinela apostado arriba les descubría, las nubes cargadas de lluvia que velaban continuamente el cielo de Ganimedes se reventaron dejando caer sobre la selva un verdadero diluvio.

La lluvia golpeaba sobre las grandes hojas con sordo rumor y se escurría sobre las escafandras y los trajes de vidrio de los náufragos. La teniente Iriarte se cubrió con una de las monstruosas hojas, a la que hizo un agujero por el que metió la cabeza a modo de poncho argentino. Como el traje que vestía era nahumita y ninguna escafandra redentora encajaba en él, Ana se negó a aceptar las escafandras de sus compañeros alegando que de poco le podía servir.

Media hora de marcha a través de la jungla y de la lluvia les

condujo hasta una carretera. Allí la empalizada se interrumpía formando una puerta. Esta, con gran sorpresa de Bernabé estaba abierta de par en par. No se veía a nadie en los torreones que, uno a cada lado, servían de plataforma a los ausentes centinelas.

- ¡Hola! Exclamó el teniente Aznar -. ¿Que puede significar esto?

- Tal vez una celada - dijo la Sargento Castillo.

- ¿Para nosotros? ¡Quiá! - refunfuñó Bernabé ¿Por qué habían de tomarse tanto trabajo?

- El grupo permaneció unos minutos mirando hacia la puerta a través de la cortina de lluvia.

- Voy a asomarme - dijo Bernabé -. Si no veo a nadie les haré señas.

Bernabé abandonó el matorral que les ocultaba brincó la cuneta llena de agua y echó a andar hacia la empalizada por un medio de la carretera. El temor de que alguna ametralladora empezara a disparar de pronto contra él fue desapareciendo a medida que se acercaba. Por muy sorprendente que pareciera, la verdad era que no se veía por allí bicho viviente. La carretera trasponía la empalizada y continuaba a través de una gran extensión de terreno donde los árboles habían sido talados por completo.

Desde la puerta, Bernabé miró hacia dentro. Como no viera a nadie, hizo señas a sus compañeros para que se acercaran y entró en el torreón de la derecha. En lo que debió ser el retén reinaba el orden más absoluto. Las luces eléctricas brillaban sobre una larga mesa y una veintena de taburetes, todo de tosca fabricación. De una percha colgaban algunas prendas de uniforme thorbod. En el armario se alineaba una docena de fusiles ametralladores, y sobre una mesita había un aparato de radio encendido y silencioso.

Estaba Bernabé mirando todo aquello cuando entraron los astronautas.

Bueno, esto no hay quien lo entienda murmuró el teniente Aznar mirando en torno -. ¿Dónde habrán ido los thorbod?

- ¿Qué pasa? Entró preguntando Iowa. Bernabé se lo explicó abarcando todo el retén en un ademán.

- Vea. La guarnición thorbod se ha esfumado.

En esto, la Sargento Carmen Vilar gritó desde la puerta:

- ¡ Eh, viene gente!

Los astronautas se agolparon en la puerta empuñando sus armas. Por la carretera venía un tropel de gente.

Son humanos - dijo Costa.

Un proyectil silbó en el aire y fue a estallar con estruendo en lo alto del torreón, sobre las cabezas de los asombrados náufragos. Otra ametralladora tableteó yendo a clavar un puñado de balas explosivas en el suelo, donde levantaron surtidores de barro a diez metros de distancia de los redentores. Estos apresuráronse a entrar en el retén cerrando la puerta blindada. Apenas lo habían hecho cuando el torreón pareció arder en mitad de una lluvia de proyectiles atómicos que calan a derecha e izquierda, desastrosamente dirigidos por la vociferante turba gris que se movía a través de la cortina de lluvia.

i Qué puntería tan fatal! Exclamó Aznar. ¿Nos tiran a nosotros o contra la empalizada?

- Nos tiran a nosotros aseguró Bernabé -. Seguramente nos han tomado por thorbod. A ver, ¿no hay por ahí una sábana o algo con que enarbolar bandera de parlamento?

Los astronautas buscaron por allí hasta encontrar un lienzo de lona blanca. Algunos proyectiles explotaron contra la puerta blindada.

- Suba al torreón e ice bandera blanca - ordenó el capitán al teniente Costa.

Costa desapareció escaleras arriba. Durante un par de minutos continuaron cayendo proyectiles sobre el torreón y sus alrededores. De pronto se interrumpió el tiroteo. El teniente Costa bajó por la escalera y Bernabé abrió la mirilla de la puerta echando una mirada al exterior. La turba habíase detenido a prudencial distancia.

- Voy a salir primero - dijo Bernabé quitándose la escafandra y poniéndosela bajo el brazo -. Esperen aquí hasta que les llame.

Bernabé dejó la ametralladora en manos del sargento Calvo, abrió

la puerta y echó a andar hacia la muchedumbre que formaba una hilera a doscientos metros de distancia. Mientras Bernabé acortaba las distancias dejó de llover. Mucho antes de llegar hasta la turba pudo escuchar el capitán sus exclamaciones de asombro.

- ¡Toma! No es un maldito thorbod, sino un humano!

Un puñado de hombres y mujeres astrosamente vestidos, calados de pies a cabeza y empuñando fusiles ametralladores, corrió al encuentro de Bernabé y le envolvió en un círculo formado de cuerpos sucios, caras mugrientas y barbudas y frentes marcadas con el estigma de la esclavitud thorbod. Todos aquellos hombres y mujeres hablaban al mismo tiempo empleando un argot en el que se mezclaban palabras de todos los idiomas de la Tierra. Entre la muchedumbre veíanse blancos, negros y amarillos junto con algunos pocos hombres azules de Venus.

- ¡ Miradle la frente! ¡ Es un maldito marrano!

- gritaron varias voces roncas.

Los terrícolas llamaban "marranos" a aquellos hombres y mujeres que colaboraban con los invasores thorbod ayudándoles en la ingrata tarea de conducir al rebaño humano. Bernabé recordó un poco tarde que los "marranos" eran tan aborrecidos como los thorbod y dio un paso atrás.

- ¡ Quietos! - Gritó un hombre de avanzada edad y luengas barbas blancas conteniendo a la chusma -. Ha venido a parlamentar. Dejémosle hablar y luego veremos si son aceptables sus proposiciones.

No he venido a haceros ninguna proposición

- dijo el capitán redentor en lengua thorbod - Sólo a deciros que os equivocáis, que yo y mis compañeros no somos "marranos"…

Un coro de protestas y maldiciones se alzó de la chusma.

- ¡Silencio! Exclamó el viejo autoritariamente. Y volviéndose hacia Bernabé añadió -: tu frente está limpia de estigma. Sólo los traidores marranos que colaboran con los thorbod han conseguido librarse de la marca que todos llevamos.

Aun así no soy traidor. Ni siquiera soy terrestre y hace solamente unas pocas horas que he pisado por primera vez esta tierra de

Ganímedes. Yo y mis amigos somos soldados de otro pueblo enemigo de los thorbod y hemos venido a libertaros aniquilando a la Bestia. Bernabé no esperaba convencer a los esclavos con estas explicaciones. Pero con gran sorpresa su parte, cuando se preparaba a escuchar un clamor de protestas y amenazas, se vio rodeado silencio y el crédulo interés de la plebe. Esto le asombró porque, a menos que él supiera, los 80 millones de seres humanos que vivían en Ganímedes no tenían la menor noticia del regreso pueblo redentor ni de la reconquista de la Tierra. No era probable que los hombres grises hubieran dejado circular estos rumores.

- ¿Sois vosotros esos "numitas" o natomitas" de quienes han salido huyendo los thorbod?

- interrogó el anciano con ansiedad.

- El capitán Pocaterra vaciló.

Si - dijo -. Nosotros somos los nahumitas. ¿Dices que los thorbod han huido? ¿Quieres decir que han evacuado Ganimedes?

- No hace una hora que salieron a toda velocidad con sus aparatos voladores. Les oímos decir que los nahumitas vuelan hacia Ganimedes con una poderosísima escuadra para destruir este mundo… ¿Es verdad eso, extranjero? ¿Vais a aniquilar Ganimedes después que los hombres grises lo han abandonado?

- No sé lo que pueda ocurrir ahora murmuró Bernabé desconcertado -. La Armada de Nahum ignora que la Bestia ha evacuado este planeta… Esperad. Nuestro capitán sabrá lo que hay que hacer en este caso.

Bernabé volvióse hacia la puerta de la empalizada y agitó los brazos haciendo señas a sus compañeros. Estos salieron del torreón blindado y se acercaron rápidamente. Apenas Iowa estuvo junto a él, Bernabé le explicó el caso en breves palabras.

- La guarnición thorbod ha evacuado Ganimedes. Esta gente pregunta si la Armada de Nahum destruirá este mundo ahora que no queda sobre él un sólo hombre gris.

Iowa volvióse hacia la muchedumbre. Los hombres y mujeres que formaban aquella falange de desesperados la contemplaba con ansiedad que sus miradas hubiera conmovido el corazón más duro.

Pero en la orgullosa nahumita no parecieron surtir más efecto que los balidos de un rebaño de carneros en el ánimo de su matarife.

- ¿Se han llevado los thorbod todos sus aparatos voladores? Preguntó al anciano de las barbas blancas.

- No. Allá abajo quedan por lo menos una docena de platillos volantes. Los thorbod se llevaron sus buques de combate y sus grandes autoplanetas de transporte, pero dejaron los platillos volantes.

- Muy bien - dijo Iowa y volviéndose hacía Bernabé añadió -: veamos sí algunos de esos armatostes es capaz de volar.

- Pero para la pregunta de esta gente... ¿no hay respuesta? Preguntó el capitán Pocaterra.

Iowa se encogió de hombros.

En cuanto sea posible comunicaré por radio a mis superiores lo que ocurre aquí. Ellos sabrán deben hacer con Ganimedes. El grupo de astronautas se abrió paso por entre la muchedumbre y siguió carretera adelante. Parte de los esclavos les siguieron con el anciano al frente. Pronto aparecieron sobre los árboles las torres metálicas de los elevadores de mineral de la mina de dedona. La base de los thorbod estaba a la derecha y consistía en una explanada rodeada de cercas de alambre espinoso por las que circulaba una poderosa corriente eléctrica.

Las puertas de la cerca estaban abiertas de par en par. En el aeródromo y en los hangares dispersos por sus orillas reinaba el silencio. Los esclavos, al ver huir inesperadamente a sus guardianes, se arrojaron contra los capataces "marranos" abandonados a su suerte por los thorbod, les habían dado, muerte y, arrastrando sus cadáveres salvajemente, se habían lanzado al pillaje asaltando los almacenes, los arsenales y los edificios que momentos antes ocupaba la Bestia. Luego de saciar su eterna hambre y armarse con los fusiles y pistolas dejadas por los hombres grises, los esclavos daban vueltas por allí sin saber qué hacer de su libertad.

Sorteando por entre varios cadáveres de "marranos", atrozmente mutilados por la sevicia de los esclavos, los astronautas llegaron hasta los platillos volantes thorbod posados sobre el aeródromo. Por lo menos ocho o nueve de los aparatos estaban en reparación o a la espera de ella, pero dos o tres se hallaban en condiciones de

emprender el vuelo.

Iowa trepó sin vacilaciones a un platillo volante.

- Cuidado ahora murmuró Bernabé en voz queda a sus hombres -. Tal vez la muchacha intente deshacerse de nosotros.

Pero Iowa contra los recelos del capitán aceptó la presencia de los redentores a bordo del platillo como cosa natural y ya convenida.

Bernabé trepó hasta la cabina inferior del aparato y miró a su alrededor. Aunque era esta la primera vez que ponía sus ojos sobre un platillo volante no experimentó la menor sorpresa ni curiosidad. Como capitán de navío de la flota redentora conocía perfectamente el funcionamiento de todas las máquinas voladoras construidas por el ingenio del hombre a partir de las primitivas alas de Ícaro. Desde luego, conocía también todos los modelos de avión fabricados por la Bestia Gris hasta que la raza thorbod invadió la Tierra forzando a un puñado de españoles a emprender el largo éxodo que les conducirla finalmente al lejano planeta Redención.

Aquellos platillos eran con relación a los últimos modelos de aparatos redentores, y aun thorbod, unos armatostes dignos de figurar en un museo. Servían, con todo, para volar, y los astronautas se sintieron muy a gusto en él. Iowa trepó por la escalerilla de acero hasta la cabina Superior y tomó asiento ante los mandos.

Bastaba mirarla para comprender que, al igual que los astronautas redentores, también los "nahumitas habían estudiado la técnica aeronáutica de sus mortales enemigos los thorbod. Apenas los redentores hubieron cerrado la portezuela ante las consternadas caras de los desgraciados esclavos, el platillo se elevó verticalmente con aquella rapidez que tanto había maravillado a los terrícolas que, en el siglo XX, vieron por primera vez estos aparatos cruzando el cielo.

Iowa dio un impulso horizontal al platillo y este, apoyándose sobre la atmósfera de Ganimedes, se sustrajo a la débil fuerza de gravedad atravesando como una flecha el velo de nubes ira salir a plena luz del- gigantesco Júpiter. La muchacha hizo funcionar el aparato de radio y comenzó a lanzar llamadas en su idioma.

- ¿Cuándo nos apoderamos de la máquina?

- preguntó la teniente Aznar en voz baja.

- Esperen un poco. Iowa está tratando de ponerse en contacto con la Armada, nahumita

Dejémosla dar su informe. Esto puede salvar Ganimedes y a los ochenta millones de seres humanos que hay aquí. Tal vez los almirantes de Nahum se abstengan de torpedear el satélite al saber que los thorbod lo han evacuado.

El platillo volante dejó atrás las altas atmosféricas de Ganimedes y se adentró en el espacio. Volaban entre el satélite y el colosal disco de Júpiter en dirección contraria al Sol es decir, opuesta a la Tierra. Iowa continuaba lanzando llamadas al éter sin obtener respuesta. Los astronautas redentores empezaron a dar muestras de impaciencia.

- Calma recomendó Bernabé -. En cuanto Iowa comunique con sus jefes la obligaremos a dejar los mandos, nos haremos cargo del aparato y pondremos rumbo a la Tierra.

Ganimedes y el mismo Júpiter iban quedando atrás rápidamente. El propio Bernabé comenzó sentir impaciencia. Poco después, una voz brotaba del receptor de radio. Hablaba el extraño idioma de los nahumitas. Iowa cruzó unas breves palabras con el lejano locutor y esperó.

Sin duda acaba de pedir comunicación algún jefazo - musitó Bernabé alegremente.

El jefazo tardó en ponerse al habla bastante más de lo que Bernabé hubiera deseado. Iowa comenzó a hablar lentamente, como si quisiera asegurarse de que sus palabras llegaban toda claridad a los lejanos oídos que la escuchaban. Estaba todavía hablando cuando sargento Mercedes Carrillo asomó su cabeza por la escotilla que ponía en comunicación la cabina inferior con la superior y preguntó:

- iEh! ¿Han visto eso?

Señalaba hacia las paredes de la cabina. Bernabé, la teniente Iriarte y el teniente Calvo volvieron las cabezas al mismo tiempo y miraron través de los cristales.

- ¡Aparatos nahumitas! - Exclamó Ana.

El platillo volaba entre una doble fila de buques nahumitas que

seguían una dirección opuesta; es decir, hacia Ganimedes. Bernabé dio una patada contra el piso y masculló una sarta de maldiciones. Los buques siderales nahumitas eran idénticos a los que horas antes habían librado una batalla de aniquilamiento contra la flotilla mandada por el capitán Pocaterra.

- i Pronto! - farfulló Costa -. ¡Arrebatémosle los mandos a esta mujer antes que sea tarde!

- Ya es tarde - rugió Bernabé sintiendo que la le quemaba el pecho.

Y tendiendo el brazo señaló unos puntos brillantes que flotaban en mitad del espacio profundamente negro.

- El grueso de la Armada de Nahum! Exclamó la teniente Iriarte.

La línea de puntos brillantes acercábase con rapidez aumentando de tamaño. Iowa dejó de hablar, levantó una mano y dio vuelta al conmutador del aparato de televisión. Sobre su cabeza se encendió una pantalla y en ésta aparecieron dos colosales esferas cuyo aspecto recordaba el del planeta Saturno a causa del anillo que les rodeaba por la línea del ecuador.

Un enjambre de buques siderales envolvía a estos globos gigantes. Los buques salían disparados a ritmo acelerado de aquellos anillos soldados a las esferas y emprendían inmediatamente el vuelo hacia Ganimedes.

CAPÍTULO VII

LA ARMADA DE NAHUM

Mientras los astronautas redentores estaban contemplando al par de gigantescos autoplanetas, estos ejecuta ron una original y curiosa maniobra. Las mitades superiores de las esferas separáronse del anillo que las dividía en dos partes iguales A la vez, las dos mitades inferiores de las esferas se separaron también de los anillos Estos quedaron reducidos a dos colosales discos que, adelantándose a las medias esferas empezaron a volar por su cuenta en pos de las nutridas escuadras nahumitas.

La maniobra había sido ejecutada con tal rapidez y precisión que arrancó un grito de sorpresa de labios del capitán Pocaterra.

- ¡Maravilloso!

Iowa volvióse para sonreírle orgullosa.

- ¿Has visto? Cada esfera completa alberga a dos ciudades que están a la vez separadas y en comunicación por el disco de en medio. Para los largos viajes por el espacio cósmico, cada dos ciudades y un disco forman un conjunto que a simple vista parece de una sola pieza pero cuando los portaviones tienen que cumplir alguna misión especial, como por ejemplo ésta de llevar tropas de desembarco a Ganimedes, el autoplaneta se desmonta en tres partes y mientras las ciudades quedan al pairo o navegaban a una velocidad más reducida, los discos volantes operan separadamente como unas unidades más.

- ¿Quiere usted decir que Ganimedes va a ser invadido por tropas de Nahum? - interrogó Bernabé.

- Eso mismo. Puesto que los hombres grises lo han evacuado lo tomaremos como base para futuras operaciones. Tal vez la destrucción de los mundos de esta galaxia no sea empresa tan sencilla como creímos en un principio. Nuestros almirantes están preocupados a causa de esos buques thorbod que libraron combate contra la flotilla que yo mandaba. No esperábamos que la Bestia hubiera alcanzado tal perfección en aeronáutica. Hay que reconocer que sus aparatos siderales son tan buenos o mejores que los nuestros -. Iowa se interrumpió mirando a la pantalla de televisión. Luego añadió con súbita energía -: ¡ Mas así y todo nada les salvará de su total aniquilamiento! No es lo mismo atacar que defender tres planetas. Aunque sus aparatos fueron mejores que los nuestros habrían de tener una superioridad de tres a uno para defender sus mundos de nuestros torpedos y luchar a la vez contra nuestra Armada.

Esto lo sabía también el capitán Pocaterra. La superioridad de la Flota Redentora sólo era en uno a dos respecto a la de Nahum. Contando con la ligera superioridad técnica de los buques de combate redentores, las fuerzas vendrían a estar peligrosamente equilibradas.

El "platillo" siguió volando por entre la doble fila de buques nahumitas. Poco después pasaba junto a uno de los discos voladores o portaviones. Este no mediría menos de 25 kilómetros de ancho por 4 o 5 de alto. Aun en medio del vacío cósmico, sin puntos de referencia que sirvieran de contraste, asombraba por la enormidad de sus proporciones.

La escuadra quedó atrás. Iowa, moviendo los mandos del "platillo volante" con maestría, enfiló hacia uno de los 38 gigantescos autoplanetas que todavía conservaban su aspecto de reducidos saturnos. El grueso de la Armada de Nahum habíase detenido. El "platillo" se dirigió hacia los bordes de uno de aquellos anillos. Al acercarse, los astronautas redentores tuvieron la impresión de volar rectos contra un formidable acantilado cortado a pico. En este férreo muro se veían una serie de agujeros alternando con unos círculos que ofrecían todas las características de un objetivo fotográfico cerrado. Alrededor de cada uno de estos círculos se veían algunos jeroglíficos que, supuso Bernabé, eran números nahumitas.

Cuando el "platillo" se acercaba a uno de estos círculos, el "objetivo" se abrió como una gigantesca pupila. Iowa redujo la velocidad e introdujo el aparato por el agujero, que inmediatamente se cerró a sus espaldas.

Se encendió una luz amarilla. Los astronautas redentores sabían que acababan de entrar en una cámara neumática igual a las que en el "autoplaneta" Valera servia para recibir y expulsar al espacio los buques que constituían su dotación. Un minuto más tarde se apagaba la luz amarilla siendo reemplazada por otra roja. El "platillo" rodaba sobre una pista invisible. De pronto la luz roja fue sustituida por otra blanca, muy parecida a la del Sol natural. Al través de los cristales de la cabina, los astronautas pudieron ver un enorme hangar repleto 'de buques negros en forma de submarino.

Estaban alojados en las entrañas de uno de aquellos colosales discos portaviones.

Nada de cuanto los aviadores redentores veían a su alrededor podía asombrarles. Las realizaciones de la técnica nahumita, con ser portentosa, no superaban a las redentoras en ningún aspecto. Lo único sorprendente, en todo caso, era que una humanidad idéntica a la terrestre hubiera seguido en las remotas lejanías de su galaxia de origen una civilización, una cultura y una técnica paralelas.

Los hombres y mujeres que recibieron a los tripulantes del "platillo" examinaron curiosamente a los astronautas redentores. También a ellos les sorprendía encontrarse con criaturas de su misma naturaleza en este rincón de la Vía Láctea.

Iowa habló brevemente con un hombre alto y luego volvióse hacía el capitán Pocaterra.

- Os conducirán a donde podáis comer y descansar dijo -. Yo misma iré más tarde a recogeros para llevaros ante los oficiales del Servicio de Información, quienes os harán algunas preguntas.

Bernabé asintió dando muestras de complacencia. Interiormente, sin embargo, distaba mucho de sentirse satisfecho por el cariz que tomaban las cosas. Iowa se marchó dejándoles en manos de cuatro mocetones rubios y dos muchachas igualmente rubias, de apostura varonil y bruscos movimientos. Estos nahumitas, siempre en lengua thorbod, les ordenaron despojarse de sus trajes de vidrio y de sus armas. Luego les llevaron hasta la cabina de un ascensor qué apenas hubo cerrado herméticamente su puerta, subió vertiginosamente hasta dejarles en la ciudad superior.

Esta ciudad distaba mucho de poseer la belleza de las urbes que el planetillo Valera albergaba en sus entrañas. Al igual que las grandes urbes redentoras estaba construida de cristal, pero mientras que en las de Valera se 'veían rascacielos de variada y bella arquitectura, anchas avenidas con jardines floridos, parques con bosques como selvas y estanques con categorías de lagos, esta urbe nahumita tenía la belleza fría e impresionante de un panteón, sin una flor, sin un jardín, sin un árbol, sin una fuente, sin una hoja ni un pájaro.

Pasando velozmente por sus calles a bordo del autocar que les tomó a la salida del ascensor, los astronautas comprobaron la falta total de color, de alegría y febril actividad que caracterizaban las ciudades redentoras. Los edificios eran enormes e interminables, con una monotonía rígida de presidio. Los peatones y los automóviles que transitaban por aceras y calles seguían rutas rectilíneas, sin mirar a ningún lado ni detenerse en ningún sitio.

- Compadezco a las pobres gentes que viven en esta urna - murmuró la teniente Iriarte.

- En tal caso compadézcanos también a nosotros, porque esta ciudad será e, lo sucesivo nuestra cárcel… a menos que sea nuestra tumba - gruñó el teniente Aznar Y miró a Bernabé.

El capitán enrojeció. Comprendía la muda alusión del teniente.

- Reconozco que si estamos en este embrollo es por culpa mía - murmuró confuso.

- ¡Bah, no diga tonterías! - exclamó Ana lanzándole una risueña mirada -. Usted hizo lo que debía.

- Desde luego - apresuróse a decir Pedro - No se le puede reprochar al capitán por falta de celo en el cumplimiento de sus obligaciones sino por exceso. De no haber querido completar la información que teníamos sobre la Armada Nahumíta, a estas horas estaríamos volando rumbo a la Tierra. La Oportunidad la tuvimos en la mano cuando Iowa llevó el "platillo" fuera de la atmósfera de Ganimedes. Si le hubiéramos arrebatado el mando entonces…

- Si lo hubiéramos hecho - le interrumpió Ana Iriarte -. Ganimedes hubiera sido reducido a cenizas. Recuerden que si permitimos a Iowa comunicar por radio fue sólo para darle oportunidad a que informara a sus almirantes sobre la evacuación del satélite por la Bestia y la inutilidad de aniquilarlo con los ochenta millones de seres humanos que hay allí

- Bien, si - gruñó el teniente Aznar -. Pero si hubiéramos pensado un poco más en nosotros mismos no estaríamos ahora aquí. Después de todo no sabemos lo que Iowa dijo por radio, y de todas formas la Armada nahumita había decidido ya desembarcar en Ganimedes. Debieron enterarse de la fuga de los thorbod mucho antes que Iowa comunicara por radio.

Sin duda - repuso Ana con viveza - pero nosotros ignorábamos que los nahumitas estaban enterados de la evacuación. El capitán quiso salvar a Ganimedes ignorando que éste ya estaba salvado pero eso no puede reprochársele en forma alguna.

Bueno, Anita refunfuñó Aznar -. Nadie critica al capitán, y yo seria el último en intentarlo estando usted delante para sacar las uñas en su defensa.

Ana enrojeció. Bernabé la miró con curiosidad, y al sentir ella el peso de esta mirada llevó en rubor hasta la raíz de sus rubios cabellos. Aunque traviesos, los astronautas eran sin excepción personas educadas que, al ver la confusión de la teniente, volvieron los ojos hacia las ventanillas del autocar reanudando sus comentarios sobre la ciudad nahumita.

El automóvil rodaba por una avenida de trazo rígido que fue a desembocar en una enorme plaza redonda. Esta plaza ocupaba el centro geométrico del autoplaneta, y todas las demás calles formaban

una serie de círculos concéntricos hasta las paredes de la cúpula de dedona que encerraba la ciudad volante.

Ni siquiera aquí, con ser lógicamente este lugar el centro de reunión de los ciudadanos, rompían los edificios circundantes la rígida monotonía arquitectónica que dominaba la ciudad. En el centro de la plaza, Como única concesión al adorno, se levantaba un extraño monumento de fealdad entristecedora. El autocar se detuvo ante un edificio y sus ocupantes echaron pie a tierra entrando en la casa.

El interior de la casa estaba perfectamente de acuerdo con su apariencia exterior. Los muebles, sólidos y cómodos, estaban distribuidos con notoria parquedad a lo largo de las paredes desnudas.

Un ascensor dejó al grupo en el piso undécimo. Los guías rubios, serios y silenciosos, condujeron a sus huéspedes a lo largo de un pasillo al que daban muchas puertas y se detuvieron al llegar al final señalando una puerta a la derecha y otra, que confrontaba con esta a la izquierda.

- Las mujeres a un lado y los hombres a otro

- dijo concisamente uno de los guerreros rubios -. Podéis elegir, aunque todos los departamentos son iguales.

- Preferiríamos estar juntos - dijo la teniente Iriarte.

- Podréis visitaros unos a otros, pero no avanzar por el pasillo - dijo el nahumita.

Bernabé Pocaterra, los tenientes Pedro Aznar Antonio Costa, con el Sargento José Calvo entraron en el departamento de la derecha. La teniente Ana Iriarte y las sargentos Mercedes Carrillo, María Icart, Carmen Vilar y Luisa Castillo desaparecieron por la puerta de la izquierda.

El apartamento donde Bernabé y sus hombres entraron consistía en una sala de estar bastante grande y no mal amueblada a la que daban las puertas de seis habitaciones, pequeñas como celdas, un cuarto de baño y una cocina en la que no había el menor utensilio. Era un apartamento familiar, por lo visto. En la sala grande había una mesa de regulares dimensiones, un mueble para libros y un aparato de televisión. Dos ventanas daban a la plaza pero la luz eléctrica brillaba a todas horas en las habitaciones.

El capitán Pocaterra se dejó caer en el diván sintiendo por primera vez toda la angustia de su desagradable situación. Eran a la vez huéspedes y prisioneros del pueblo nahumita, y las posibilidades de poder escapar de este autoplaneta para unirse a los suyos eran muy pocas y remotas.

La irrupción de las muchachas en el apartamento de los hombres interrumpió las tristes reflexiones del capitán.

- Y bien - dijo el teniente Aznar sentándose en el diván junto a Bernabé -. Ya estamos en casa del enemigo. ¿Y ahora qué?

- Es pronto para discutir un plan de fuga.

- ¿Luego piensa en un plan de fuga?

- Naturalmente, no vamos a quedarnos aquí con los brazos cruzados mientras los nuestros andan a la greña con estos malditos nahumitas. Pero no me torture con sus preguntas. Necesito tiempo para pensar… ¡Y maldito si lo he tenido hasta ahora!

Poco después entraban tres mujeres llevando una serie de cajas de celofán conteniendo diversidad de alimentos sintéticos, que los redentores despacharon encontrándoles unos sabores que diferían poco de los Comprimidos alimenticios del Ejército redentor. Estaban de sobremesa cuando entró Iowa vestida a punta en blanco; es decir, con unos calzones ceñidos a las piernas, una casaca verde con una serpiente alada bordada sobre el pecho y espalda, guantes amarillos de grandes manoplas, pistola al cinto y un brillante casco rematado por un penacho de plumas multicolores.

- Vamos - dijo -. El Servicio de información quiere hacerles algunas preguntas.

Los astronautas la siguieron por el mismo corredor que habían venido un par de horas antes, tomaron el ascensor hasta el primer piso y, sin salir del mismo edificio, recorrieron una serie de interminables pasillos hasta las oficinas del Servicio de Información.

Entraron en un despacho de regulares dimensiones. Detrás de una mesa de cristal haba sentado un hombre de mediana edad. Había también otros oficiales y algunas muchachas con aparatos para grabar las declaraciones de los redentores.

Las preguntas de los oficiales (el jefe habló en raras ocasiones limitándose a escuchar) versaron casi exclusivamente sobre el thorbod y su arsenal bélico. Los almirantes nahumitas - andaban muy preocupados a causa de aquellos buques siderales blindados de dedona semejantes a los de su Armada (es decir, los buques redentores), y no se molestaban ocultarlo.

Para los astronautas redentores era fácil contestar a todas estas preguntas remontando sus respuestas a la época anterior a su llegada al Reino del Sol; es decir, a sólo cuatro meses atrás. La Bestia dominaba sobre los planetas de aquella galaxia desde que, dos milenios atrás, acabaran con la resistencia de los ejércitos terrestres y venusinos. La raza humana, cautiva de la thorbod, era empleada en los trabajos más duros a la par que iba extinguiéndose rápidamente a fuerza de hambre, persecuciones y ejecuciones en masa.

Los thorbod concluyó diciendo Bernabé en su declaración - se han confesado dispuestos a exterminar a la humanidad. Pero lo hacen poco a poco, seguros de conseguirlo en el espacio de unos años más. Mientras ellos se entregaban a una procreación febril nos han empleado en la reconstrucción de las ciudades destruidas por la guerra y en la explotación de sus minas y fábricas. Ahora, el pueblo thorbod es enormemente numeroso y nos desplaza de las ciudades y los planetas de clima más benigno. Respecto a su potencial bélico, poco es lo que nosotros, simples trabajadores de las minas, podemos decirles. Desde luego, el thorbod ha estado fabricando armas y buques de guerra sin parar durante siglos y debe de tener enormes cantidades de material. La dedona la saca de las minas de Ganimedes, y en cuanto a esos nuevos modelos de buque que ustedes quieren conocer jamás los hemos visto. Puede que hayan estado cerca de nosotros, pero el cielo de ese planeta está siempre cubierto de nubes.

- ¿Y de dónde sacaron ustedes esos trajes de cristal que llevaban puestos en el momento de encontrarse con la coronel Iowa? - interrogó uno de los oficiales -. ¿Acaso la Bestia fabrica trajes de esos especialmente para los terrícolas?

- Los hombres grises los fabrican para los marranos"... con perdón de ustedes. Marranos son aquellos de nuestros connaturales que colaboran con los thorbod sirviéndoles de capataces y criados de confianza. Mis amigos y yo sorprendimos a un grupo de esos capataces, les dimos muerte y huimos de Las minas con sus trajes y sus armas. Esta y no otra es a razón de que vayamos pertrechados corno

los marranos.

Los oficiales del Servicio de Información hicieron algunas preguntas más y dieron por terminado el interrogatorio. Parecían defraudados por la escasa información conseguida de los terrícolas. Bernabé preguntó si podían considerarse como unos nahumitas más y adquirir esta nacionalidad con todos los derechos, deberes y libertades del pueblo nahumita.

- Por lo pronto les devolveremos a Ganimedes

- repuso el general tomando por primera vez la palabra -. Más tarde, cuando hayamos destruido el mundo de los thorbod, veremos qué se hace con ustedes.

Iowa se quedó en el despacho; cuatro soldados armados de pistolas devolvieron a los redentores a sus aposentos. Luego, dos de ellos quedaron de centinelas en el corredor que separaba las habitaciones de los hombres de las muchachas. Mientras recorrían los interminables pasillos de aquel edificio con aspecto de prisión nadie pronunció palabra. Pero al cerrarse las puertas tras ellos y verse solos, el sargento Calvo exclamó:

- ¡Bravo, nos van a devolver a Ganimedes!

El capitán hizo una mueca de disgusto.

- ¡Cómo! ¿Le duele tener que abandonar este desagradable autoplaneta? Preguntó el teniente Costa.

- No estaba pensando en eso, sino en el punto flaco de nuestra declaración. Nos hemos confesado evadidos de una mina thorbod de las muchas que hay en Ganimedes. Hemos dicho que dimos muerte a unos marranos y nos apropiamos de sus armas y sus trajes… Pero los oficiales del Servicio de Información no colgarán muchas horas de ese anzuelo. Sus tropas han desembarcado en Ganimedes y, naturalmente, someterán a mucha gente a interrogatorio.

- Bueno, ¿y qué? - preguntó Costa.

- ¿Cómo "y qué? - gruñó Bernabé -. Hay un detalle muy importante y que no puede pasarles por alto. Todos los hombres y mujeres civilizados por los thorbod llevan una especie de matrícula grabada a fuego sobre sus frentes. Los únicos que se han librado de esa marca, y

no todos, son los marranos. Y nosotros no llevamos marca en la frente ¿comprende?

- ¡Arrea! - exclamó Costa dejando escapar un largo silbido.

- De lo que resulta continuó diciendo Bernabé - que nosotros sólo podemos ser marranos. Ahora bien; nosotros hemos asegurado que los marranos colaboran con los thorbod, de lo que se deduce que debiéramos saber sobre la Bestia bastante más de lo que hemos confesado. Total: el Servicio de Información nahumita volverá a cogernos por su cuenta y nos arrancará la piel a tiras a medida que nos vayan interrogando de nuevo.

- ¡Córcholis! - exclamó el teniente Costa -. La cosa está que arde, ¿no?

- ¿Y si confesáramos a los nahumitas que no somos esclavos terrestres ni marranos, sino soldados del ejército redentor? Preguntó el sargento Calvo.

- Mucho peor - contestó Bernabé -. Los nahumitas querrían saber entonces de cosas sobre nuestra Flota y no repararían en medios para arrancarnos esos informes contra nuestra voluntad. Lo que nosotros dijéramos causaría enor-mes perjuicios a nuestro ejército y nuestro pueblo… y habríamos perdido toda esperanza de salir de aquí alguna vez. Lo mejor que puede ocurrirnos es que nos devuelvan a Ganimedes inmediatamente.

- Y en Ganimedes - añadió Aznar- Los terrícolas y venusinos nos tomarán otra vez

por marranos, sin que podamos convencerles de lo contrario y nos colgarán de un árbol como hicieron con todos los colaboracionistas, ¿no es eso?

Tal vez en Ganimedes, tengamos una nueva oportunidad de escapar - contestó Bernabé -. En todo caso es preferible que nos ahorquen los terrícolas a que los nahumitas nos hagan decir cosas que pueden arruinar a nuestro pueblo. ¡Ojalá nos llevaran a Ganimedes!

CAPÍTULO VIII

A LA DESESPERADA

La abrumadora cantidad de preocupaciones que gravitaban sobre el capitán

Bernabé Pocaterra no pudieron impedir que éste se durmiera tras largas horas de movimiento y de agitación. Y dormía profundamente cuando alguien le zarandeó arrancándole de su sueño. Era el teniente Pedro Aznar.

Levántese. Iowa ha mandado a buscarnos.

Bernabé se incorporó de la cama consultando su reloj de cristal. Habían transcurrido once horas en la medida dei tiempo terrestre desde que se durmió. Poco después se reunía con sus compañeros en la Sala de estar y salían juntos al pasillo, donde se les reunieron las muchachas. Los dos centinelas rubios y graves que habían montado guardia en el corredor les llevaron a la plaza y les hicieron subir en el mismo autocar que les trajo aquí.

- ¿Irán a llevamos a Ganimedes? - preguntó el sargento Calvo mientras el automóvil corría a través de la ciudad nahumita.

- Esperémoslo así - repuso Bernabé foscamente.

- Seguramente nos llevarán allá en algún aparato pequeño - continuó diciendo el sargento -. ¿Y si intentáramos apoderamos de ese avión para escapar hacia la Tierra?

Bernabé miró pensativamente a través a cristales de la ventanilla.

- Es una proposición tan aceptable como cualquier otra - dijo lentamente -. Si el avión no es muy grande tal vez podamos reducir a la tripulación y adueñamos de él.

El autocar se detuvo junto a un enorme ascensor. Los centinelas les ordenaron echar pie a tierra y les llevaron hasta este ascensor, en el que entró también un centenar de hombres e mujeres nahumitas. La plataforma descendió velozmente algunos centenares de metros Y se detuvo. Las puertas se abrieron para dejar salir a alguna gente.

Por las puertas abiertas, los astronautas vieron que el ascensor habíase detenido en uno de los innumerables pisos del disco portaviones que separaba la ciudad superior de la inferior. Vieron también largas filas de unas enormes esferas metálicas que reconocieron como tanques erizados de cañones.

Fue una visión fugaz sobre los hombros de los que salían. Las puertas se cerraron inmediatamente y el ascensor se puso nuevamente en marcha para detenerse unos pisos más abajo. Al abrirse las puertas automáticamente para dejar salir otro grupo de nahumitas, los redentores vieron, impecablemente alineados cono tomar parte en un desfile- militar, miles y miles de férreos hombres autómatas, especie de monstruos montados sobre dos piernas articuladas de dedona que se utilizaban para la guerra de botones.

- ¡Caray! - exclamó la sargento Castillo -:

¡Esta gente ha venido preparada a todo!

Miró Bernabé con el ceño fruncido aquellas densas formaciones de hombres autómatas para la guerra de botones. Esta guerra era simplemente la que llevaban a cabo las máquinas de control remoto. Moviendo botones desde miles de kilómetros de distancia, un reducido grupo de ingenieros humanos podía dirigir con arreglo a la táctica más moderna los movimientos de un ejército de hombres autómatas.

El enorme poder destructor de las armas creadas por el hombre había acabado por desplazar al mismo hombre en las guerras modernas. La criatura humana era demasiado débil, demasiado frágil y torpe para intervenir en batallas que se desarrollaban a una velocidad de vértigo, en mitad de un infierno de líquidos inflamados, de explosiones atómicas, de rayos desintegrantes y de la más rica gama de gases imaginables. Las grandes batallas de la antigüedad, donde tomaban parte miles de hombres con miles de cañones y centenares de tanques, era un inocente juego de niños si se las comparaba a los combates supermodernos, dirigidos a enorme distancia y llevados a cabo por una aviación y una infantería dotada de cerebros electrónicos.

Mientras el ascensor se ponía nuevamente en marcha, el capitán Pocaterra se estremeció pensando en lo que ocurriría si alguna vez chocaban sobre la superficie de un planeta los ejércitos nahumitas y redentores.

El ascensor se detuvo de nuevo. Los soldados nahumitas empujaron fuera a los astronautas redentores y les llevaron hasta donde esperaba la coronel Iowa junto a un aparato aéreo que, por su tipo y dimensiones, recibía en la Flota redentora la categoría de "falúa". En la Armada de Nahum, la máquina parecía dedicada a cumplir la misma

misión Estaba pintada de un brillante color verde y sobre la proa campeaba la serpiente alada de las Fuerzas Aéreas nahumitas junto con unas insignias que los astronautas redentores no conocían.

Iowa, dando muestras de impaciencia, señaló a los redentores la portezuela de acceso a la falúa.

- Vamos pronto. Está haciéndose tarde.

Los astronautas entraron en el aparato. Este, al igual que las falúas de la Flota redentora, disponía de una cabina muy espaciosa con sillones ricamente tapizados y profusión de decorados. No había sido construido para combatir, sino para llevar a los almirantes y altos jefes de la Armada de un buque a otro o de un buque a tierra firme y, sin embargo, iba armado de un par de cañones que se apuntaban automáticamente por radar y disparaban proyectiles cohete de dedona y carga explosiva atómica.

Dos hombres ocupaban los asientos delanteros de los pilotos. Detrás de los astronautas, Iowa y dos soldados armados de ametralladoras y pistolas eléctricas subieron al aparato. Este rodó por la pista y entró en uno de los tubos de lanzamiento.

- ¿Dónde nos lleva, señorita Iowa? - preguntó Bernabé.

- Vais a ser devueltos a Ganimedes aseguró la muchacha con acritud -. Pero la palabra de una princesa de Nahum es siempre palabra de honor. Os prometí la ciudadanía nahumita y yo conseguiré que os la den más pronto o más tarde. Los almirantes están demasiado preocupados ahora para ocuparse de estas cosas, pero cuando se decida el destino de vuestros compatriotas, cuando la Bestia haya sido destruida y nuestra Armada emprenda el regreso a Nahum, vosotros vendréis con los nahumitas.

- No sabíamos que fuera princesa de Nahum. ¿Por qué no lo dijo antes? - preguntó Bernabé.

- ¡Bah! Eso tiene poca importancia. Hay miles de príncipes y princesas en nuestro pueblo. Tened en cuenta que el ejército nahumita que se salvó de la catástrofe de los planetas estaba integrado casi exclusivamente por la rancia nobleza de Nahum, y que todo el pueblo que habita actualmente nuestros mundos es descendiente de aquellos reyes, príncipes y nobles.

Bernabé asintió en silencio. La falúa estaba ya dentro de la cámara neumática. Medio minuto más tarde se encendían las luces rojas y, casi al mismo tiempo, la falúa salía disparada al espacio. Muy lejos, por proa, brillaban el colosal disco de Júpiter con sus diez satélites danzando alrededor.

El teniente Aznar se inclinó sobre el oído de Bernabé.

- ¡Estupendo! Murmuró -. He aquí una buena ocasión para escapar. En cuanto estemos lejos de los autoplanetas saltamos sobre los

sobre los nahumitas, nos apoderamos de la falúa y enfilamos a la Tierra como centellas.

Bernabé asintió, pero en este mismo momento observó que la falúa no volaba recto hacia Júpiter, sino hacia un grupo de autoplanetas que distaban unos treinta kilómetros de allí.

- ¿No vamos a Ganimedes, princesa? Preguntó Bernabé a Iowa.

- Ahora vamos al autoplaneta Manag. Me han destinado al disco portaviones de esa maquina. El portaviones va a separarse de las ciudades Rey Manag y Príncipe Manag para desembarcar un contingente de tropas y material en Ganimedes. El mismo disco portaviones os dejará en el satélite.

Bernabé dio un respingo de sobresalto.

- ¿Han oído ustedes? - pregunto volviéndose hacia sus compañeros.

Perfectamente gruñó el teniente Aznar - Eso significa que o nos apoderamos ahora mismo de esta falúa o perderemos la única ocasión de escapar.

- Estamos volando entre autoplanetas - apuntó el sargento Calvo.

- No hay tiempo que perder - murmuró Bernabé mirando hacia atrás con el rabillo del ojo. Dentro de unos minutos estaremos junto al autoplaneta Manag. Lo que tengamos que hacer ha de ser ahora mismo.

- Pues adelante, ¿a qué esperamos? - Masculló el teniente Costa.

- Voy a ir hacia popa con el pretexto de alcanzar el lavatorio - dijo

Bernabé en voz baja y en lengua redentora -. Saltaré sobre los dos soldados mientras ustedes hacen lo mismo con Iowa y los pilotos. El sargento Calvo y las sargentos Carrillo e lcart correrán en mí ayuda. Usted, teniente Aznar, se arrojará contra Iowa. Usted, Costa, correrá con los demás hacia proa para sujetar a los pilotos y hacerse cargo de los mandos. ¿Entendido?

- Entendido - gruñó Aznar.

- Pues allá voy. No se muevan de sus sillones hasta que yo comience el jaleo.

Bernabé se puso en pie y echó a andar hacia popa por entre las filas de sillones tapizados de rojo. Los dos soldados de la escolta estaban sentados en la última fila de sillones, uno a cada lado del pasillo con los fusiles cruzados sobre las rodillas. Al ver venir a Bernabé, uno de ellos se puso en pie.

- ¿Dónde vas? - preguntó en lengua thorbod.

- Quería entrar en el lavatorio.

- ¿No puedes esperar unos minutos hasta que lleguemos al portanaves?

Bernabé contestó con un brutal y fulminante puñetazo a la nariz del soldado. El nahumita salió disparado hacia atrás como un proyectil para estrellarse contra la puerta del lavatorio y deslizarse al suelo arrojando chorros de sangre por la nariz. Un grito gutural surgió de la garganta del segundo soldado. Bernabé volvióse como un rayo hacia él y le asestó un terrible puñetazo en el estómago. El hombre, que acababa de saltar en pie, se dobló expeliendo con fuerza el aire de sus pulmones.

- ¡Cuidado, capitán! - gritó una voz. Bernabé arrebató el fusil ametrallador de las

las crispadas manos del soldado. Desde el fondo de la cabina, el primer soldado se incorporaba empuñando su fusil. Bernabé disparó primero cosiendo al nahumita a balazos. Disparó a quemarropa, confiando en que las balas no serían explosivas.

Y no lo eran. El crepitar de la ametralladora se mezcló con el grito de lowa y un rugido

del teniente Aznar que caía sobre ella con los brazos abiertos. El sargento Calvo saltó

sobre los respaldos de los sillones y cayo a horcajadas sobre las espaldas del nahumita que intentaba saltar hacia Bernabé. Los dos se hundieron entre los sillones moviendo brazos y piernas desesperadamente. Mercedes y María llegaron corriendo por el pasillo. Mientras una corría a inclinarse sobre el cadáver del nahumita fusilado por Bernabé, la otra saltaba como un gato sobre las espaldas del nahumita que luchaba con ventaja con el sargento calvo.

En mitad del corredor, el teniente Amar retorcía las muñecas de Iowa haciéndole soltar la lujosa pistola eléctrica que había sacada ágilmente de su funda. A proa, el teniente Costa, Ana Iriarte, Carmen Vilar y Luisa Castillo habían caído sobre las espaldas de los pilotos sacándolos a brazo partido. La teniente Iriarte tomó asiento ante los mandos y se hizo cargo del control de la falúa.

La lucha terminó enseguida. Los nahumitas cogidos por sorpresa, fueron reducidos a la impotencia en un abrir y cerrar de ojos. -

- ¿Qué significa esto? - aulló Iowa, más hermosa que nunca en su indignación.

- Significa - dijo Bernabé - que no estamos conformes con vuestros planes y hemos deci-dido obrar por nuestra cuenta. ¡Ana, rumbo a la Tierra!

Iowa miraba a Bernabé estupefacta.

- ¡A la Tierra! - exclamó -. ¿Luego sois aliados de la Bestia?

- Somos mortales enemigos de la Bestia

- dijo el capitán -. Si vamos a la Tierra es porque allí no domina el thorbod, sino nosotros.

- ¿Vosotros?

- Los redentores. Cuando el thorbod derrotó a los ejércitos aliados a la Tierra y Venus no toda la humanidad fue esclavizada. Unos cinco mil terrestres huyeron a bordo de un autoplaneta en busca de una nueva patria. La hallaron al fin muy lejos de esta galaxia, y allí se

multipli-caron y adquirieron fuerzas hasta convertirse en un pueblo numeroso. Nosotros, los redentores, somos descendientes de aquellos terrestres que escaparon de esta galaxia. Hemos vuelto para reconquistar nuestros mundos hace sólo cuatro meses y hemos liberado ya al planeta Tierra. Los buques siderales que destruyeron a los tuyos en las cercanías de Ganimedes no eran thorbod, sino nuestros. Yo era el comandante perseguido por tu bote.

- ¡Tu! - exclamó Iowa abriendo de par en par sus hermosos ojos verdes -. ¡No puedo creerlo!

- No importa - repuso Bernabé sonriendo. Y dejándola con la boca abierta fue hasta proa para tomar asiento junto a Ana Iriarte. Esta había hecho virar a la falúa y, dando toda la potencia a los eyectores atómicos, la llevaba con pericia a través del espacio rumbo al planeta Tierra.

- ¿Cree que nos perseguirán? - Preguntó la muchacha volviendo sus glaucas pupilas hacia el capitán.

- Si dan cuenta de la extraña maniobra de este aparato, si. Todo depende de lo que tarde en alarmarse y en lanzar algún buque en nuestra persecución. Conecte la pantalla del radar.

Ana lo hizo. En el cristal brillaron unos a Puntos fluorescentes que iban Saliendo

del centro del retículo numerado con caracteres nahumitas hacia afuera. Eran los

autoplanetas. Nadie les perseguía, al menos por ahora.

Los eyectores atómicos de la falúa iban dando a ésta mayor velocidad a causa de la aceleración constante que se daba en el vacío cósmico. Bernabé llamó a la sargento Castillo.

- ¿Cree usted que con las lámparas y circuitos de la radio de este bote podría arreglar un emisor de onda ultracorta para poder comunicar con nuestros buques? Sería el colmo de la mala suerte que nuestros propios navíos nos destruyeran tomándonos por enemigos.

- Probaremos - repuso la muchacha lacónica-mente.

Llevaban diez horas de vuelo a través del desierto espacio y

alejándose de Júpiter a creciente velocidad cuando la pantalla de radar denunció la presencia de dos buques siderales

que perseguían a la falúa. Para entonces, la sargento Castillo había conseguido ya montar un aparato emisor de radio con los materiales sacados del receptor y el emisor de radio de a bordo.

- Luisa - dijo la sargento lcart -. ¿Estás segura de que ese chisme funcionará cuando llegue el caso?

- Espero que funcione.

- Esperémoslo nosotros también - comentó burlonamente el teniente Aznar -, porque si falla en el momento que nos acerquemos a nuestros buques no volverá a tener oportunidad de perfeccionarlo. Nuestros aviadores nos tomarán por enemigos, nos pedirán que nos identifiquemos por radio, y en cuanto no reciban respuesta, ¡brrrrum! Nos hacen polvo con un torpedo autómata.

El vuelo continuó. En la pantalla de radar, los enemigos iban sacando lentamente ventaja a la falúa. A medida que los buques persecutores aceleraban, su velocidad era mayor y más pequeña la distancia que les separaba de la falúa. Dos horas,- más tarde, los buques nahumitas habían reducido aquella distancia a unos 5.000 kilómetros. Como su aceleración era constante y mayor que la del bote, Bernabé calculó que antes de medía hora los tendrían a sólo 2.000 kilómetros de distancia, buena para dispararles unos torpedos.

- Tus amigos nos están dando alcance, Iowa

- dijo el capitán a la muchacha -. ¿Crees que dispararán contra nosotros aún sabiendo que tú estas con nosotros?

- Seguro - repuso la joven friamente -. Supondrán que huís con el propósito de contar a la Bestia Gris todo cuanto habéis visto en nuestro ¡Bien me habéis engañado! Pero lo que sabéis no podrán escucharlo jamás oídos redentores.

En cuanto mis buques estén a una distancia conveniente soltarán sus torpedos y todos seremos reducidos a pedazos.

¡Atención! - gritó en este momento Ana Iriarte ¡Buques a proa!

Bernabé sonrío.

Será alguna patrulla nuestra sin duda - dijo

- Lamento que no puedas salirte con la tuya. Tus buques se pondrán en fuga ante los

míos, todos continuaremos viviendo, y el Servicio de Información de la Flota redentora tendrá mucho gusto en hacerte una serie de que ampliarán considerablemente los datos que ya tenemos sobre la Armada de Nahum

Quieres decir que me torturaréis hasta confesar?

- No, ¿por quién nos has tomado? -protestó Bernabé simulando indignación -. La tortura pasó

a la historia. Supongo que también en Nahum tendréis ciertas drogas que poseen la virtud de hacer decir la verdad al hombre o mujer embusteros.

Iowa hizo una violenta mueca y Bernabé volvió a proa riendo por lo bajo. El teniente

Costa empuñaba el micrófono y lanzaba cons-tantemente llamadas en la longitud de onda empleada por todos los buques de la Flota redentora. En la pantalla del radar brillaba una línea de 60 puntos fluorescentes. Las dos manchas -de luz que marcaban la posición de los buques nahumitas oblicuaban alejándose con rapidez.

- ¡Huyen! - exclamó Ana con regocijo.

Bernabé miró a la pantalla de televisión conectada con el radar. En ella vio venir una flotilla redentora integrada por diez gigantescos acorazados grises en forma de ballenas, veinte cruceros de color verde en forma de esturión y treinta esbeltos destructores siderales en forma de rojos y feroces tiburones.

- Vaya frenando, teniente ordenó Bernabé a la muchacha.

El teniente Costa continuaba lanzando llama-das. Su voz iba haciéndose más angustiosa a medida que transcurrían los minutos y la flotilla amiga se acercaba con tremenda rapidez. El tornavoz del aparato receptor permanecía en un mudez hosca y amenazadora.

- ¡Revise el aparato, Castillo! - gritó Bernabé impaciente.

La muchacha introdujo la cabeza por debajo del salpicadero. La flotilla amiga estaba ya a sólo dos mil kilómetros de distancia y todos esperaban ver venir de un momento a otro la fatídica formación de torpedos que les reduciría a polvillo cósmico. El teniente Costa seguía llamando con voz aguda. Aznar mascullaba maldiciones en voz baja. Iowa sonreía feliz. El capitán Pocaterra se daba a todos los demonios sin apartar los ojos de la pantalla de televisión. De pronto brotó enérgica y poderosa la respuesta de la flotilla.

¿…mil diablos les pasa? ¡Si les oímos perfectamente… pero dejen ya de chillar como loros!

Un grito de alegría estalló a bordo de la falúa Unos y otros se abrazaron riendo mientras del tornavoz brotaban las indignadas Protestas del radiotelegrafista redentor. La sargento Castillo sacó su cara risueña de debajo del salpicadero y el teniente Costa le estampó un sonoro beso en plena boca gritando:

- Me voy a casar con usted en seguida que encontremos un capellán, por salada y preciosa!

- ¡Oiga, qué tonterías está diciendo ahora!

- Rugió el tornavoz -. ¡Está usted hablando con un caballero!

Una carcajada ahogó la explicación del tenien-te.

¡Vamos vamos!… - gritó Bernabé -. ¡Calma much-achos, dejen hablar al caballero radiotelegrafista!

Las risas cesaron poco a poco. El caballero radiotelegrafista les daba instrucciones para que se acercaran al acorazado Buenos Aires y pasaran a bordo.

Una hora más tarde, la escotilla del compar-timento central de botes del acorazado Buenos Aires se levantaba y aparecía la risueña cabeza del capitán de navío don Bernabé Pocaterra. El capitán Canadá corrió para ayudarle a subir y le estrechó la mano con las dos suyas.

¡Caramba, Canadá! - ¡exclamó Bernabé rien-do - No esperaba verle tan pronto! ¿De dónde sale usted?

- Nos tropezamos ayer con la flotilla del contralmirante Lis que venia a unirse a la nuestra. Este buque nos tomó a bordo y yo me apresuré en relatarle la batalla al contralmi-rante… ¿pero sabe usted? la flotilla que combatió con la nuestra y que creímos thorbod no era thorbod, sino de un endemoniado pueblo llamado nahumita que ha venido a destruir el mundo para vengarse de la Bestia Gris…

- Ya lo sé - dijo Bernabé. Y señalando a la princesa Iowa, que en estos momentos surgía por la escotilla, añadió - Mire. Le traigo un precioso ejemplar nahumita.

- ¡Cáspita! ¿De dónde ha sacado usted este cromo?

Es un poco largo de contar. Digamos primero cómo ha sabido nuestro Almirantazgo lo de los nahumitas.

- ¡Ah, también tiene su miga, no crea usted! - aseguró Canadá riendo -. Los thorbod llevan siglos esperando a los nahumitas, y apenas les vieron venir con su formidable cuerpo expedicio-nario en nuestra busca…

- ¿En la nuestra? ¡Demonio! ¿Y por qué?

- ¿No le dije que tenía miga? Los nahumitas vienen dispuestos a pulverizar el Reino del Sol y los thorbod están acorralados. Sabiendo que los nahumitas serán implacables en su venganza han solicitado nuestro auxilio. ¿Hay cosa más chusca? La Bestia se compromete a vivir solamente en el planeta Marte, el peor de toda la galaxia; a dejarse desarmar, a evacuar Venus y a una infinidad de cosas más con tal que les libremos de la destrucción que pesa sobre ellos y sobre nuestros planetas.

- ¿Y hemos aceptado? - preguntó Bernabé ansiosamente.

- Si hemos aceptado. No podemos consentir que los nahumitas hagan pedazos el mundo. Es

preferible negociar una paz con el thorbod y la acabamos de negociar. La Bestia nos ayudará

en lo que pueda a rechazar a los nahumitas. Después el imperio del Sol volverá a ser de la humanidad. Los thorbod nos están entregando la totalidad de sus Fuerzas siderales para que los blindemos con nuestra dedona y puedan pelear de igual a igual contra la Armada de

Nahum. Por lo pronto toda nuestra táctica consistirá en librar pequeñas escaramuzas con los nahumitas y defender la Tierra, Marte y Venus para que ningún torpedo enemigo pueda llegar hasta sus atmósferas. Cuando la Armada thorbod esté en condiciones de salir a pelear barreremos a los nahumitas del espacio como una escoba. ¿Qué le parece?

- Estupendo. Sobre todo porque la Bestia no tiene más amparo que el de nuestra compasión. Los nahumitas nos amenazan, pero al fin hemos acabado con el peligro thorbod.

- Así es. Y ahora, mi capitán, sírvase pasar a la presencia del contralmirante Lis para relatarle todas sus aventuras.

Bernabé dio un paso hacia el corredor, más de pronto se detuvo, volvió sobre sus pasos y asió a Ana Iriarte por un brazo.

- Teniente le susurró al oído -. ¿Podría esperar aquí hasta que salga de hablar con el contralmirante? Tenemos que charlar un poco... Es decir si usted quiere que charlemos.

La linda carita de Ana Iriarte se encendió en una llama de rubor.

- Esperaré - dijo tragando saliva.

El capitán Pocaterra la envolvió en una larga mirada que tuvo el poder de trastornar por entero a la muchacha y se fue con Canadá.

El teniente Pedro Aznar se acercó a Ana.

- ¿Qué? - preguntó -. ¿Ha picado al fin el capitán?

- Creo que si - repuso la joven radiante de felicidad. Pero su "creo" era una firme seguridad.

FIN

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO
TÍTULOS PUBLICADOS

1.-LOS HOMBRES DE VENUS
2.-EL PLANETA MISTERIOSO
3.-CEREBROS ELECTRÓNICOS

4.-LA HORDA AMARILLA
5.-POLICIA SIDERAL
6.-LA ABOMINABLE BESTIA GRIS
7.-LA CONQUISTA DE UN IMPERIO
8.-EL REINO DE LAS TINIEBLAS
9.-SALIDA HACIA LA TIERRA
10.-VENIMOS A DESTRUIR EL MUNDO
